

# POR EL VALLE CALCHAQUÍ

CONFERENCIA CON PROYECCIONES LUMINOSAS LEIDA EL 28 DE JULIO DE 1897  
CON MOTIVO DEL XXVº ANIVERSARIO DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA

POR JUAN B. AMBROSETTI

---

Señoras,  
Caballeros:

Gratisísimo es para mí, prestar el modesto contingente de viajero, á esta fiesta de la inteligencia que la meritoria Sociedad Científica Argentina ha organizado para celebrar sus bodas de plata, y á la que he sido invitado para desempeñar esta parte del programa.

Lo hago con tanto mayor placer por cuanto en esta noble fiesta se hace justicia al trabajo intelectual y se premian los altos servicios prestados á la ciencia y á la humanidad.

Fiesta que nos honra como argentinos ante la faz del mundo civilizado, y que nos despoja de las clásicas plumas de avestruz para presentarnos como á un pueblo culto, que estudia y que piensa.

Esta noche viajaremos por la región Calchaquí siguiendo una parte del itinerario recorrido en la larga expedición de cinco meses que tuve el honor de dirigir y que me fué encomendada por el Instituto Geográfico Argentino, esa otra asociación hermana que presta grandísimos servicios al país con la labor perseverante y continua exploración del vasto territorio de la patria.

La expedición partió de esta Capital en noviembre pasado y regresó en abril de este año, recorriendo unas mil quinientas leguas á mula en el oeste de las provincias de Tucumán, Catamarca y Salta.

Como en las expediciones anteriores, me ha cabido la satisfacción de ser secundado por excelentes compañeros, los señores San-

tiago Paris, Federico Voltmer y Emilio Budin, quienes por su desinterés, amistad y buena voluntad se han hecho acreedores á mi más profunda gratitud, así como también el señor Enrique Mariani, de Molinos, quien nos acompañó en nuestra excursión á Pucarilla ayudándonos en todo con un desinterés que lo honra altamente.

El trayecto desde aquí á Tucumán, en ferrocarril, es bastante conocido para que me detenga en sus detalles, de modo que la relación de viaje que es tema principal de esta disertación arrancará desde nuestra llegada á aquella ciudad.

En el desarrollo de esta conferencia, os podréis transportar mentalmente, lejos, muy lejos de esta gran capital, y recorrer junto conmigo aquella imponente región encerrada entre el macizo del Aconquija y los contrafuertes de los Andes, otrora habitada por una vasta nación de indios belicosos y valientes, últimos en someterse á la conquista española, y cuyos huesos, en sus tumbas de piedra, la ciencia día á día profana para arrancarles el secreto de su origen y llenar esa gran página en blanco que nuestra historia tiene reservada á los Calchaquies.

Muy lejos viajaremos, allá al pie de los nevados, en los valles pedregosos, donde no llega el eco de la vida rumorosa de las ciudades, pero donde, allá como aquí, no se ve ondear sino una sola bandera, la azul y blanca, y no se siente palpitar sino un solo sentimiento, el gran sentimiento de nuestra nacionalidad!

Las fotografías que desfilarán en esta conferencia pertenecen á la colección de vistas de la República, del Instituto Geográfico, y han sido reveladas y preparadas para la proyección por el meritorio doctor Pedro A. Simeone, á quien, durante el viaje, remitimos nuestros negativos.

La segunda, la debo á la gentileza de la Sociedad fotográfica y la última al hábil pincel de nuestro joven artista nacional Eduardo Holmberg hijo.

Hemos sido transportados á Tucumán (figura 1).

La hora temprana de nuestra llegada, ha impedido á los que no madrugan el gozar de los preciosos paisajes que desfilan á ambos lados del ferrocarril y han despertado entre la confusión de la llegada, entre los gritos de los cocheros y la cargosidad de los peones que asedian al viajero.

El carruaje deja de rodar en la puerta del hotel. Se salta á tierra y minutos después, la perspectiva de una siesta ardiente, estimula á recorrer sin demora la ciudad mediterránea, para visitar la pla-

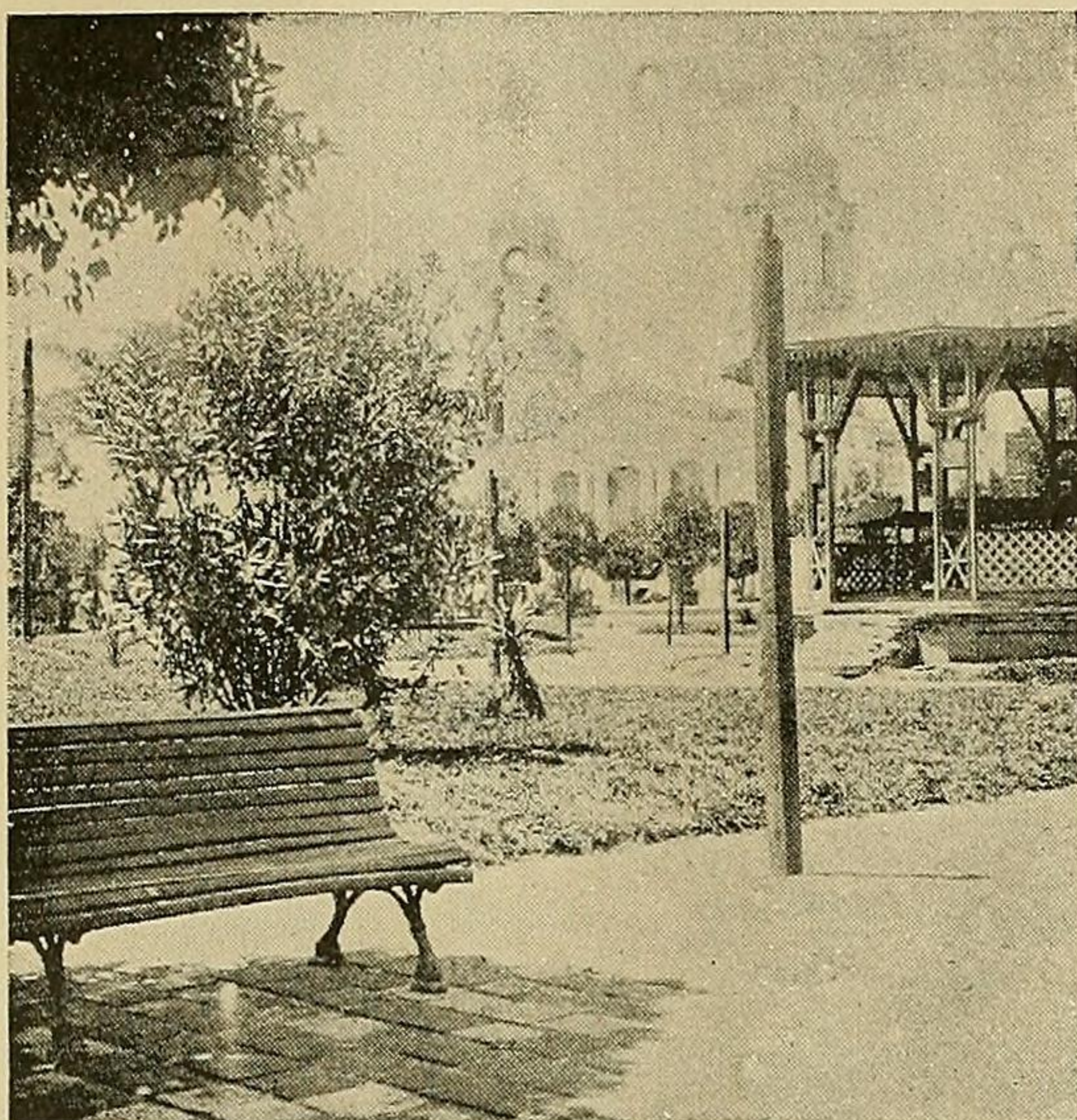


Fig. 1. — Plaza principal Tucuman.

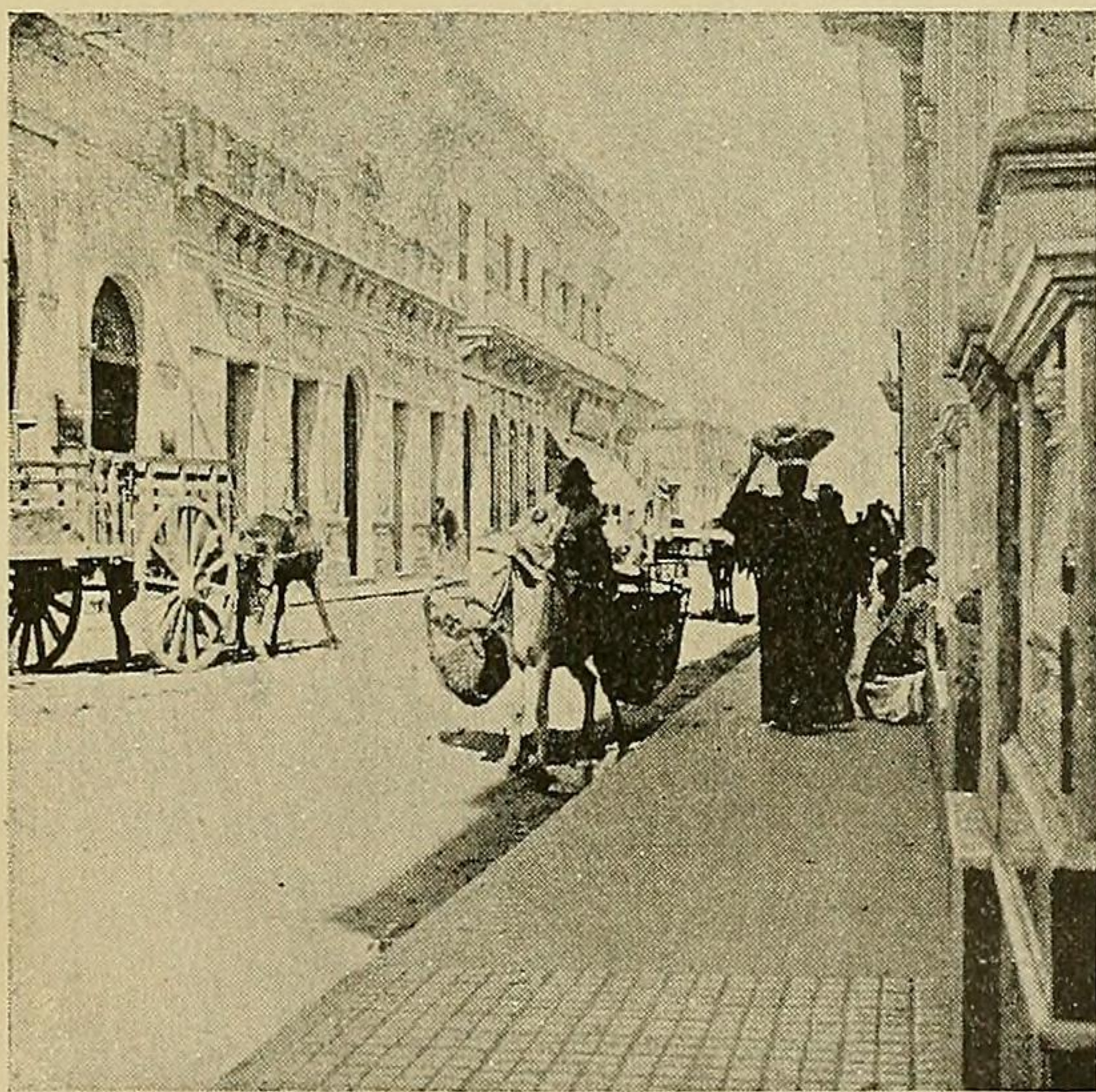


Fig. 2. — Una calle en Tucuman.

J. B. AMBROSETTI. — *Por el Valle Calchaquí.*

za con su Cabildo y Catedral, la iglesia de la Merced, donde se guarda como reliquia el bastón de Belgrano, la vieja casa de la Independencia que el mal gusto ha remodelado. Se penetra al vetusto salón que la decidia y el tiempo, concluirán por desmoronar y se siente una verdadera decepción al contemplarlo vacío, húmedo y triste con sus paredes lisas y adornadas tan sólo con media docena de placas de bronce, algunas coronas de flores secas, los exíguos retratos de pocos próceres y con algunos colgajos descoloridos y ajados que se hallan en un rincón, pobres restos seguramente de alguna pasada fiesta.

Nada se ha hecho para que esa sala veneranda donde vibraron cálidas y ardientes las palabras de Laprida, Fray Justo de Oro y tantos otros grandes, se conserve con la dignidad y el poder de evocación necesarios para retemplar el alma de todos los argentinos, que de otras provincias llegan allá con el recogimiento del peregrino que visita un lugar santo.

Salgamos á la calle (figura 2) y su aspecto animado y pintoresco nos resarcirá el mal rato que acabamos de pasar.

La falta de agua abundante es lo primero que se nota en esas calles; la tierra, aún en las empedradas, abunda, prodigando nubes de polvo calcinado por el ardiente sol al pasar cualesquiera de las innumerables carretillas, burritos, caballos ó carretas que con su continuo moverse atraen la atención del curioso, lo entretienen, y le hacen más corto el camino, si antes no se distrae varias veces al tropezar con un par de ojos negros, grandes, bien cortados, que lo envuelven con su mirada profunda, fascinadora y llena de misteriosas languideces.

Nuestra obligación nos impone una marcha rápida. Esa misma tarde hay que partir, y á las dos, en el ferrocarril del nordeste, damos un adiós al paraíso de los jazmines y de los azahares.

La maza ciclópea del Aconquija se diseña allá á lo lejos en el cielo como valla protectora circundada de las altas chimeneas de los ingenios de azúcar, que se destacan sobre su fondo verde, con sus siluetas alargadas y sus penachos de humo, como grandes incensarios de ese culto nuevo que entre el rechinar de los trapiches, entre el zumbir de los volantes, entre la trepidación de los motores y entre el gemir de los cilindros, eleva el himno triunfante del trabajo, de ese trabajo honrado que nos redime, que nos engrandece, que nos sublima.

¡Qué pronto se viaja en ferrocarril! Las estaciones se suceden

con su aspecto igual, y los cañaverales sin fin y los ingenios siempre humeantes, van quedando atrás.

Llegamos á Monteros, las mulas nos esperan; detenernos en el pueblo no tiene objeto, y para aprovechar la madrugada, emprendamos viaje, ganemos pocas leguas y en la falda del Aconquija, bajo el dosel de los bosques tucumanos, hagamos campamento (fig. 3).

La noche se acerca tibia y plácida, la selva nos envuelve en efluvios perfumados, entre la copa de los árboles, sobre trozos de cielo de profundo azul, titilan las estrellas con fulgor vivísimo, mientras dentro de la masa obscura de las plantas, las luciérnagas y los tucos razgan las sombras con otros chisporroteos de luz.

El cuerpo fatigado se abandona al reposo, los ojos se entornan con dulzura, el ensueño roza la frente con sus doradas alas, mientras el oído se acaricia, con el canto de amor de la *Urpilla* ó con el eco lejano del silbido del *Coyuyo*.

Con las primeras luces, la marcha se continúa, el río que descende la quebrada que debemos subir, se opone cada instante á nuestro paso, presentándonos sus bellísimos paisajes.

Felizmente, aún no ha crecido, el agua es poca y pasa lamiendo la base de las grandes piedras, de esas mismas piedras que en las copiosas avenidas, arrastra y lleva por delante con ímpetu furioso.

La ascención no es violenta todavía, el bosque se ralea cada vez más, los árboles son menos corpulentos, la capa vegetal es más escasa y las piedras aparecen á trechos en la tierra.

Estamos en la región de los alisos, los enhiestos alisos que sustituyen en las montañas del norte, á los pintorescos pinos del viejo mundo.

A su pie ya no arraiga el matorral y sólo elegantes helechos de frondas recortadas tapizan el suelo con su manto de verde filigrana.

Por última vez, el río nos obliga á atravesarlo. Treinta y tres veces hemos tenido que hacer lo mismo: la estrecha quebrada, así lo exige, y las mulas, las sufridas mulas con su resignación forzada, hunden su pequeño casco entre la corriente que pasa murmurando entre las rocas, su canción eterna (fig. 4).

Subimos, subimos siempre. Alejados ya del río trepamos una cuesta empinada, la vegetación arborea desaparece, y á nuestros pies, un enorme manto verde descende hasta perderse allá á lo lejos. Son las copas de los árboles, de esos gigantes vegetales que

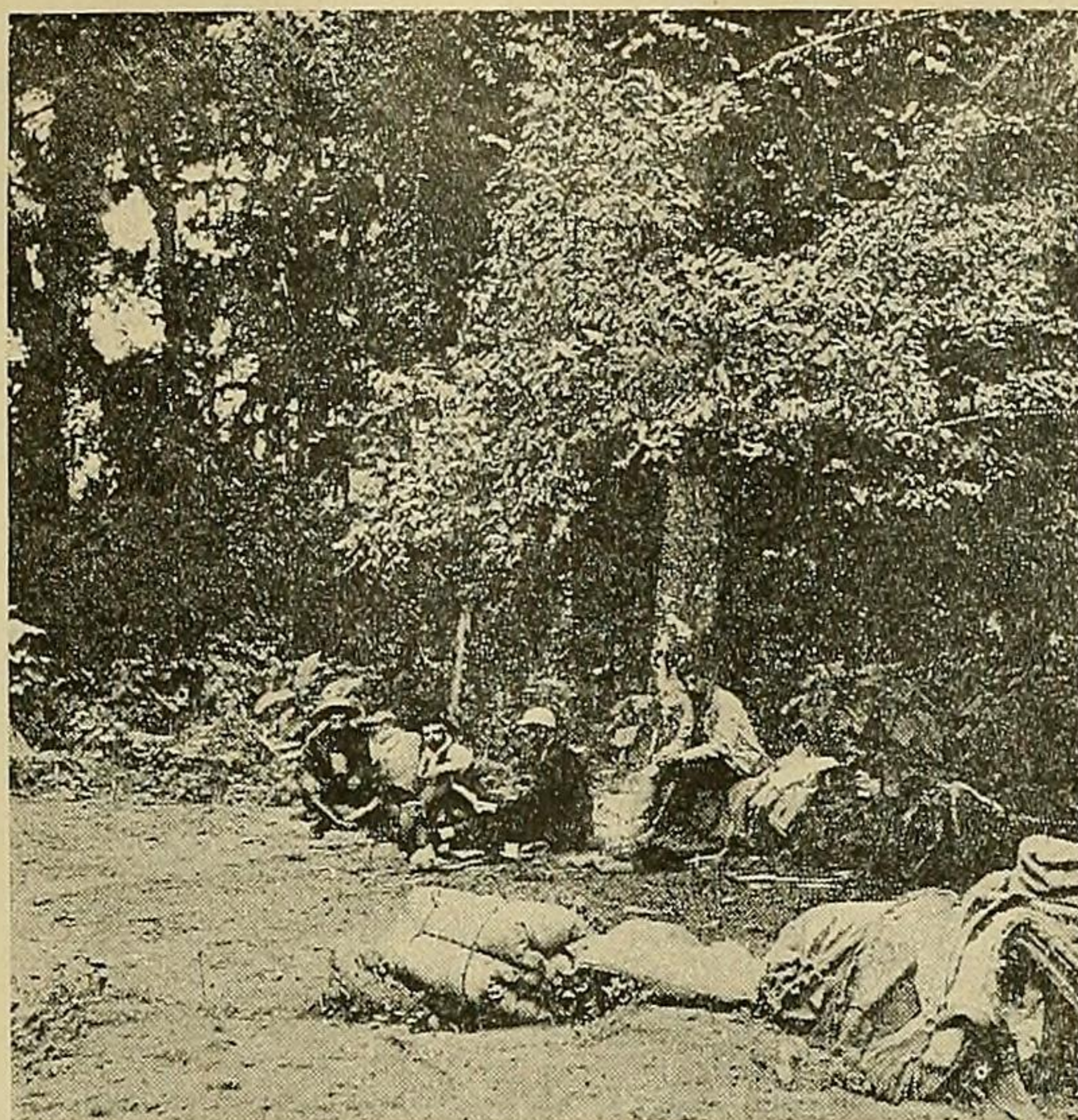


Fig. 3. — Campamento en la falda del Aconquija.

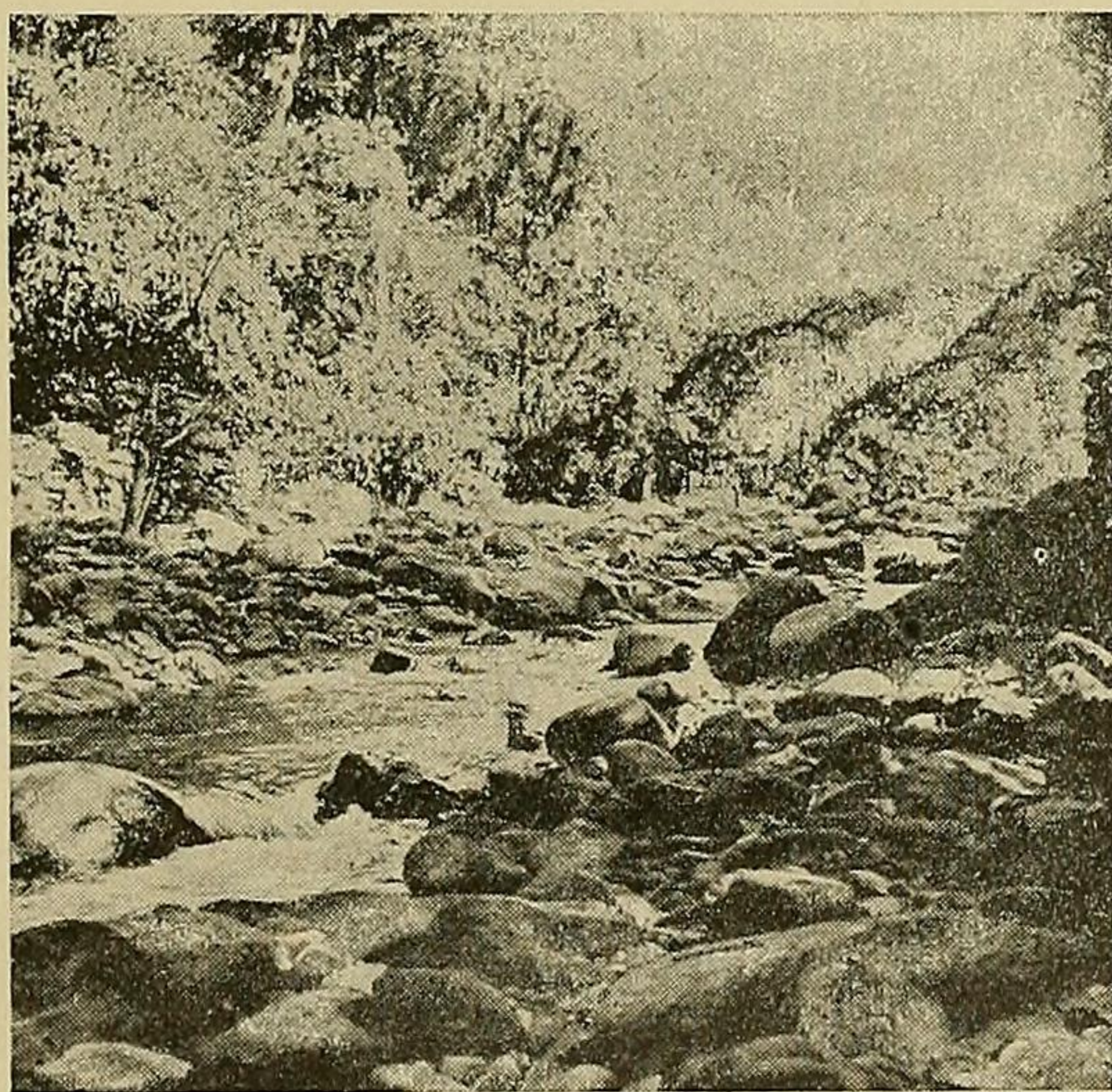


Fig. 4. — Rio en el Aconquija.

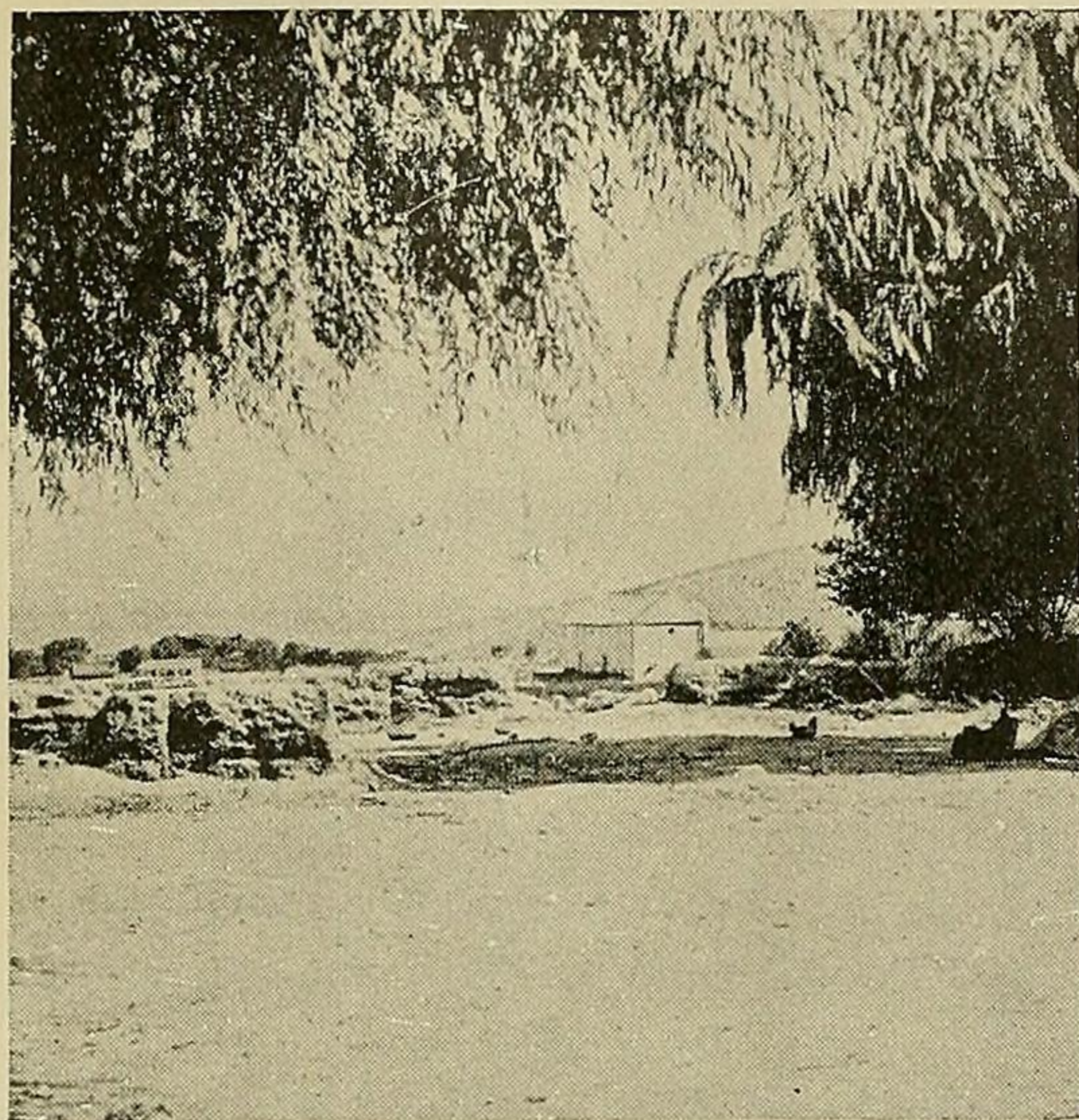


Fig. 5. — Valle de Tafi.

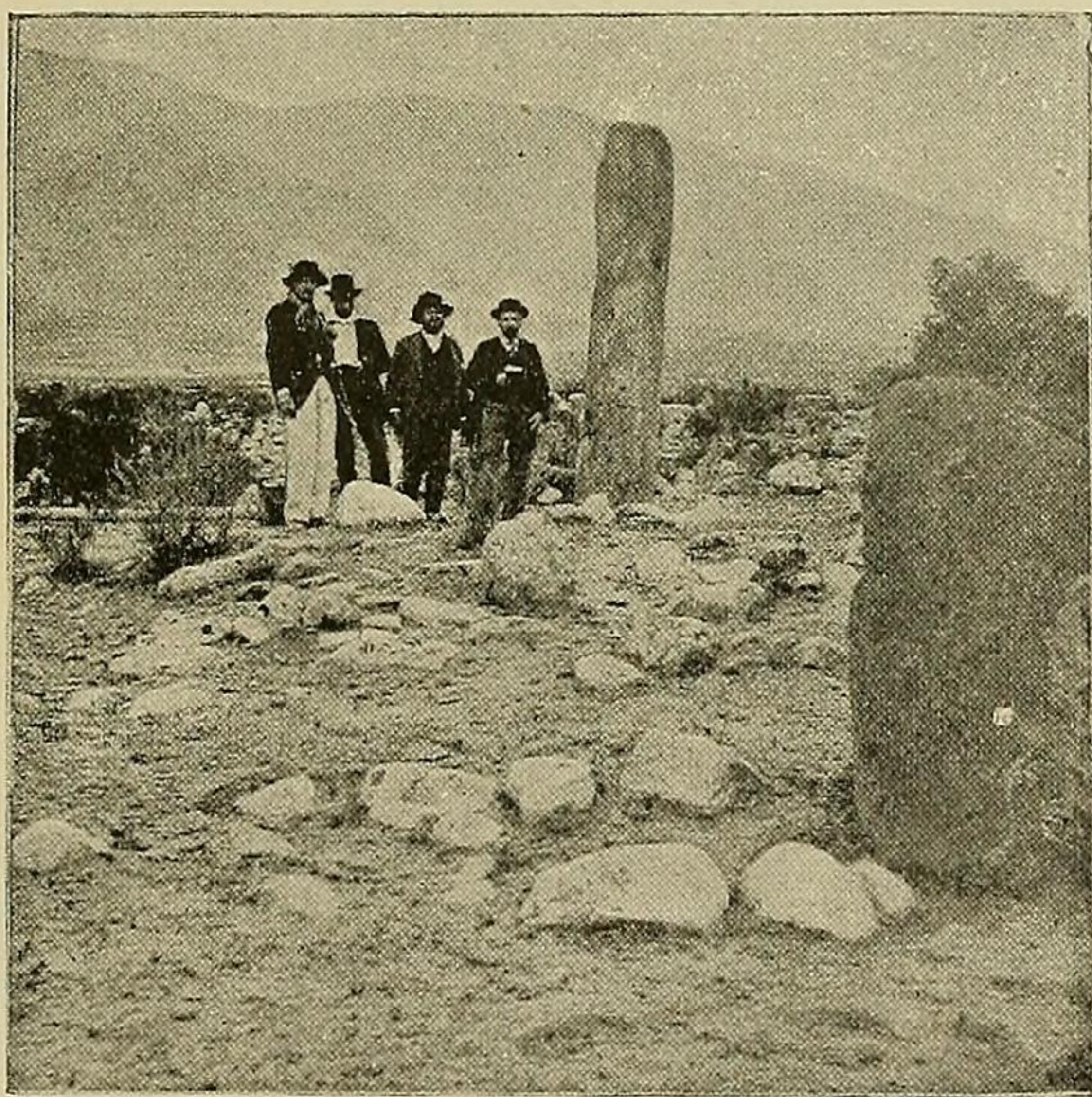


Fig. 6. — Menhir de pié en Tafi.

se entrechocan, se enlazan y se besan en amoroso abrazo, radiantes entre un baño de sol que incendia los colores, haciéndolos vibrar con magnificencia infinita.

La ascensión no se interrumpe. Vamos ganando las mesetas escalonadas de los Morteritos de la Casita y por fin de la Ventana. El barómetro nos indica paulatinamente las alturas. Estamos arriba y la aguja señala 2100 metros.

Giramos á la derecha y dejando atrás los peñascos que nos rodean, aparece allá en el bajo el pintoresco valle de Tafí (fig. 5).

El descenso es rápido, unos trescientos metros cuesta abajo se hacen pronto, y no tardamos en continuar la marcha por el llano, una agradable pampilluela pedregosa, flanqueada por cerros, donde las haciendas se regalan con sus pastos que perfuman la leche, con la que se hace el exquisito producto que todos conocemos.

Nos hallamos á 1800 metros de altura sobre el nivel del mar y un aire puro, sin puna, ensancha nuestros pulmones, estimulando nuestras energías y sobre todo nuestro apetito.

De distancia en distancia grandes fajas oscuras de vegetación rompen la monotonía del valle. Son los diversos establecimientos rodeados de frondosos sauzales donde las familias tucumanas pasan agradables los veranos, entre fiestas, pic-nics y paseos á caballo que les hacen olvidar la canícula del jardín de la República.

Nuestro viaje por Tafí nos proporcionó un descubrimiento científico de la más alta importancia; me refiero á los menhires, esas grandes piedras paradas, de tres metros, más ó menos, de altura, que los hombres de otras edades han erigido allí por las exigencias de un culto extraño (fig. 6).

Respetados por el tiempo y desapercibidos por los ignorantes, esos monumentos megalíticos han podido llegar á nosotros, perpetuando su memoria. Solos ó agrupados, hiérguense de la tierra entre líneas de piedras de todo tamaño que describen figuras geométricas en el suelo, amplios cuadrados, grandes círculos y rectángulos alargados.

Todo el valle de Tafí, hállase lleno de estos trabajos ciclópeos, trabajos que requieren un largo, prolijo y meditado estudio, que algún día tendrá que hacerse, y cuyo resultado nos dirá quiénes fueron esos hombres que con tanto ahinco y perseverancia lograron, después de ruda labor, legarnos su obra imperecedera (fig. 7).

Los grabados del magnífico menhir que hoy yace derribado, pero que no ha mucho aún, miraba de pie con su faz esculpida la sober-

bia cumbre del cerro Ñuñorco, nos dicen bien claro que esos hombres no fueron salvajes, que tenían cierto gusto para la ornamentación, que debieron conocer los metales y usar gruesos cinceles de bronce para perpetuar en la dura piedra los símbolos sagrados de su ritual fetiquista.

Estos pocos datos, ya nos demuestran que estamos en presencia de los restos de una civilización perdida y antiquísima, la que, por lo pronto, he supuesto contemporánea á la de Tiahuanaco (fig. 8).

Abandonemos á Tafi y una marcha penosa ascendente, sin descanso desde temprano, nos permitirá cruzar á mediodía la altiplanicie del Infiernillo, á 3000 metros de elevación.

Hace frío en esas alturas, y lo peor es que se debe cruzar con el Jesús en la boca, porque la tembladera, la cruel enfermedad que ataca á las mulas y las mata, es frecuente en esa meseta desolada, y, como si esto no fuera bastante, casi constantemente se desencadenan nevadas ó granizadas tempestuosas, ó un viento helado y persistente barre con furia, ese paso obligado de la cordillera de las Animas, donde las nuestras, sin destacarse del cuerpo, han de haber quedado purificadas al pasar por él (fig. 9).

La bajada es también larga y quizá más aburrida que la subida. Nos falta aún un cerrito que descender, el Cerro Pintado, pero aquí hay ruinas de viejas poblaciones indias, que la fe de los creyentes ha cristianizado poniéndolas bajo el amparo de la cruz (fig. 10).

Detengámonos un momento, y entre las paredes derruidas y entre los gigantescos cactus, paseemos nuestra vista por el extenso panorama que allá á lo lejos nos brinda el valle Calchaquí.

Amplio y anchuroso, protegido á nuestro frente por la cadena de los cerros de Quilmes, el histórico valle se desarrolla, entre un inmenso bosque de algarrobos que interceptan los sembrados de Santa María, y el ondulado serpentear del río que perezosamente surca su lecho de ardiente arena (fig. 11).

A medida que descendemos, el calor aumenta. Para estudiar mejor las fortificaciones antiguas que los indios construyeron sobre este cerro para defender, el oásis de verdor que se encuentra en su base, hay que recorrer esas obras á pie, pues la inclinación de sus faldas no permite el andar de las bestias. Tres líneas de gruesas pircas superpuestas, rodeaban el cerro y un sin número de reductos avanzados interceptan todos los caminos.

Como estrategia militar de su época, las fortificaciones del Cerro Pintado son obra perfecta.



Fig. 7. — Menhires gemelos en Tafi.

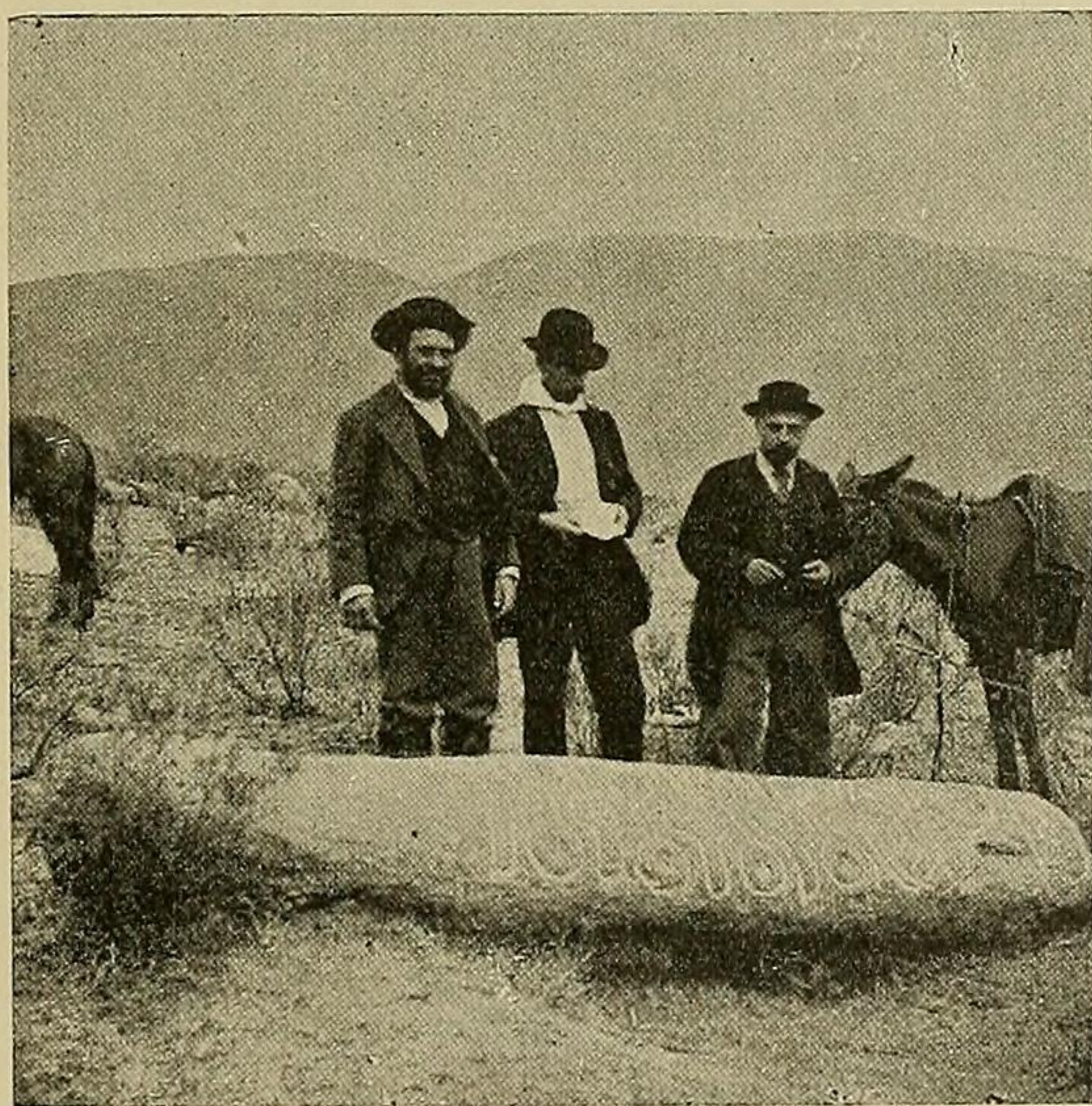


Fig. 8. — Vista del gran menhir esculpido.

J. B. AMBROSETTI. — *Por el Valle Calchaquí.*

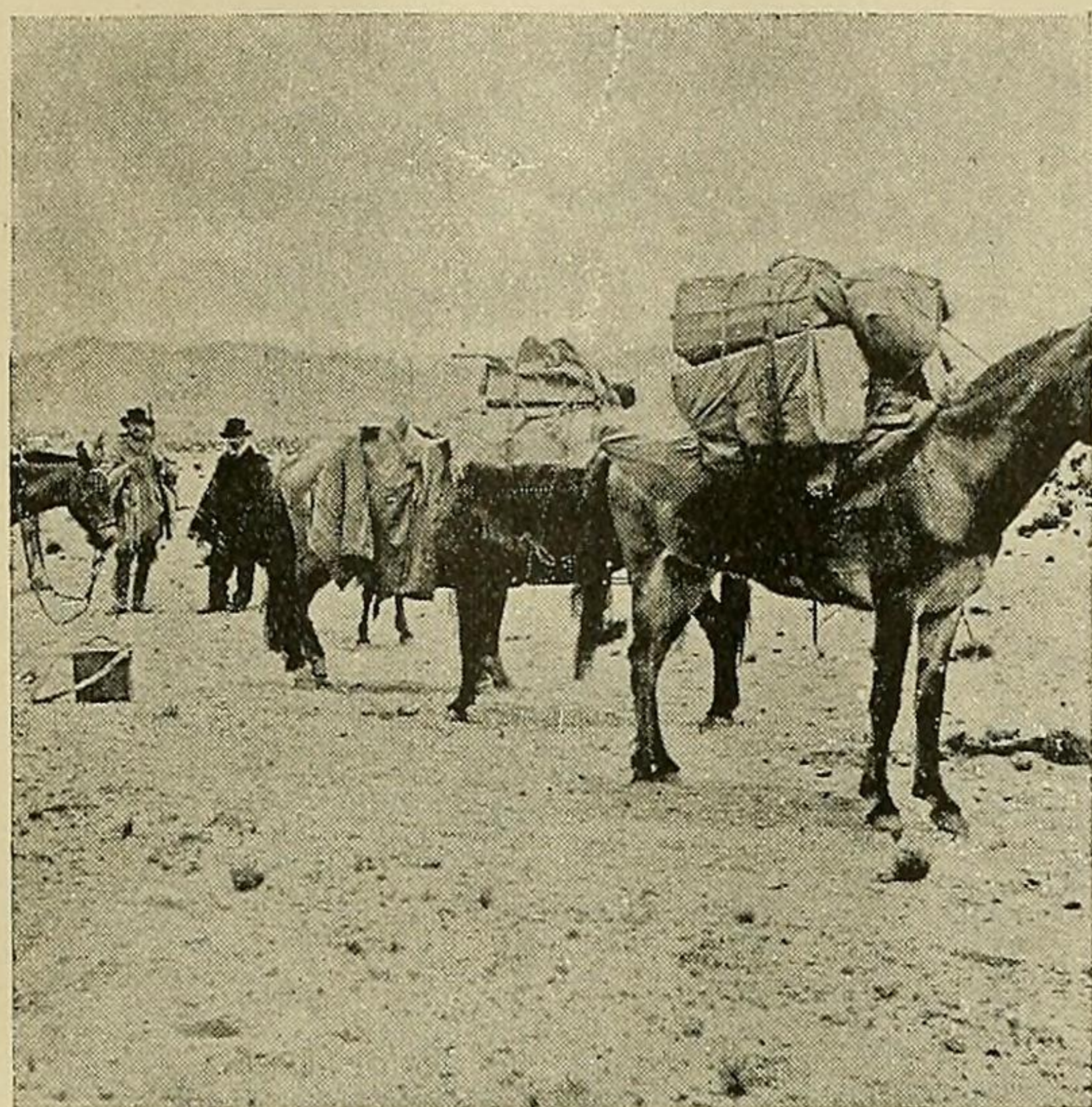


Fig. 9. — Altiplanicie del Infiernillo.

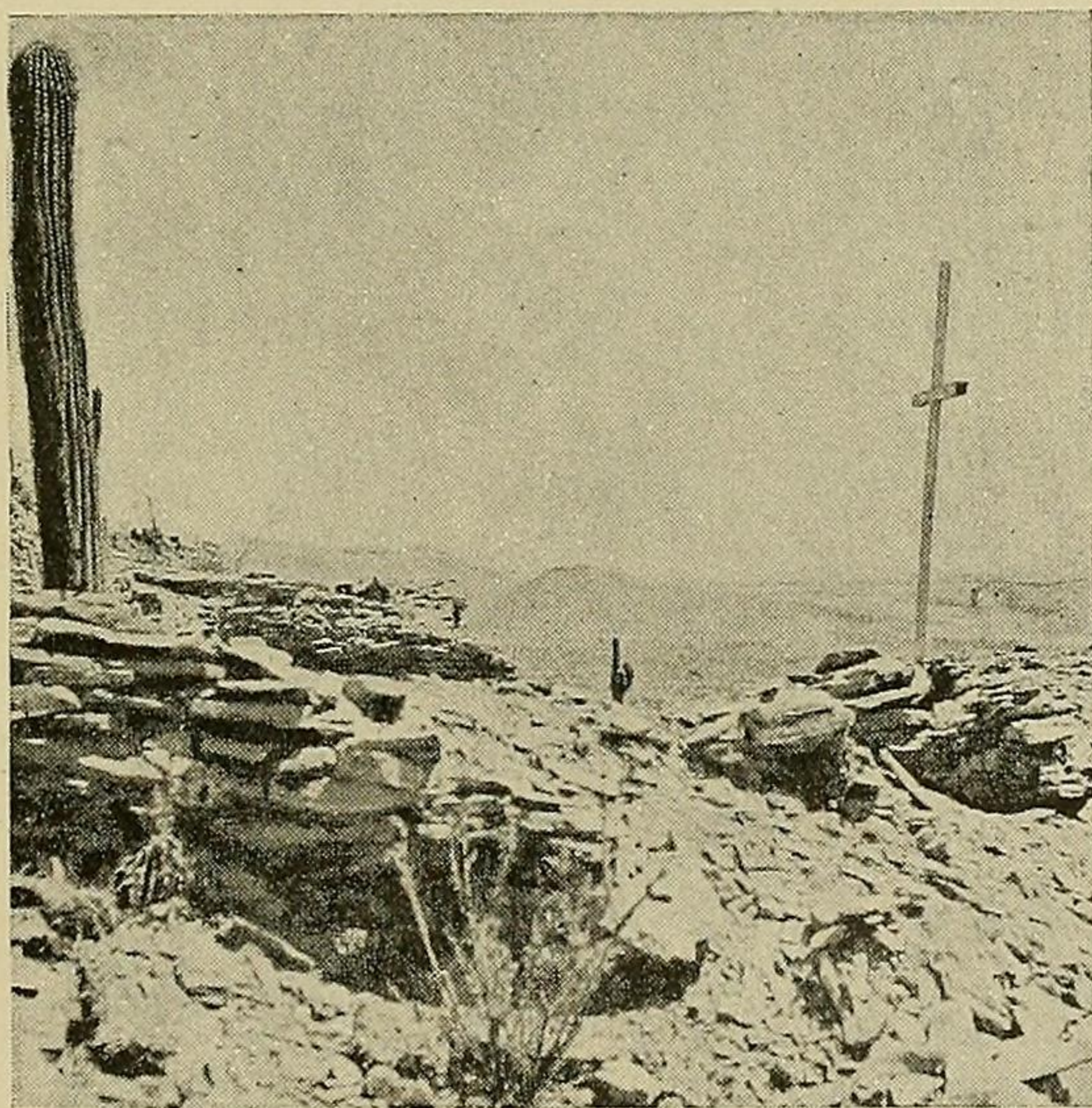


Fig. 10. — Ruinas del Cerro Pintado. Valle Calchaquí

J. B. AMBROSETTI. — *Por el Valle Calchaquí.*

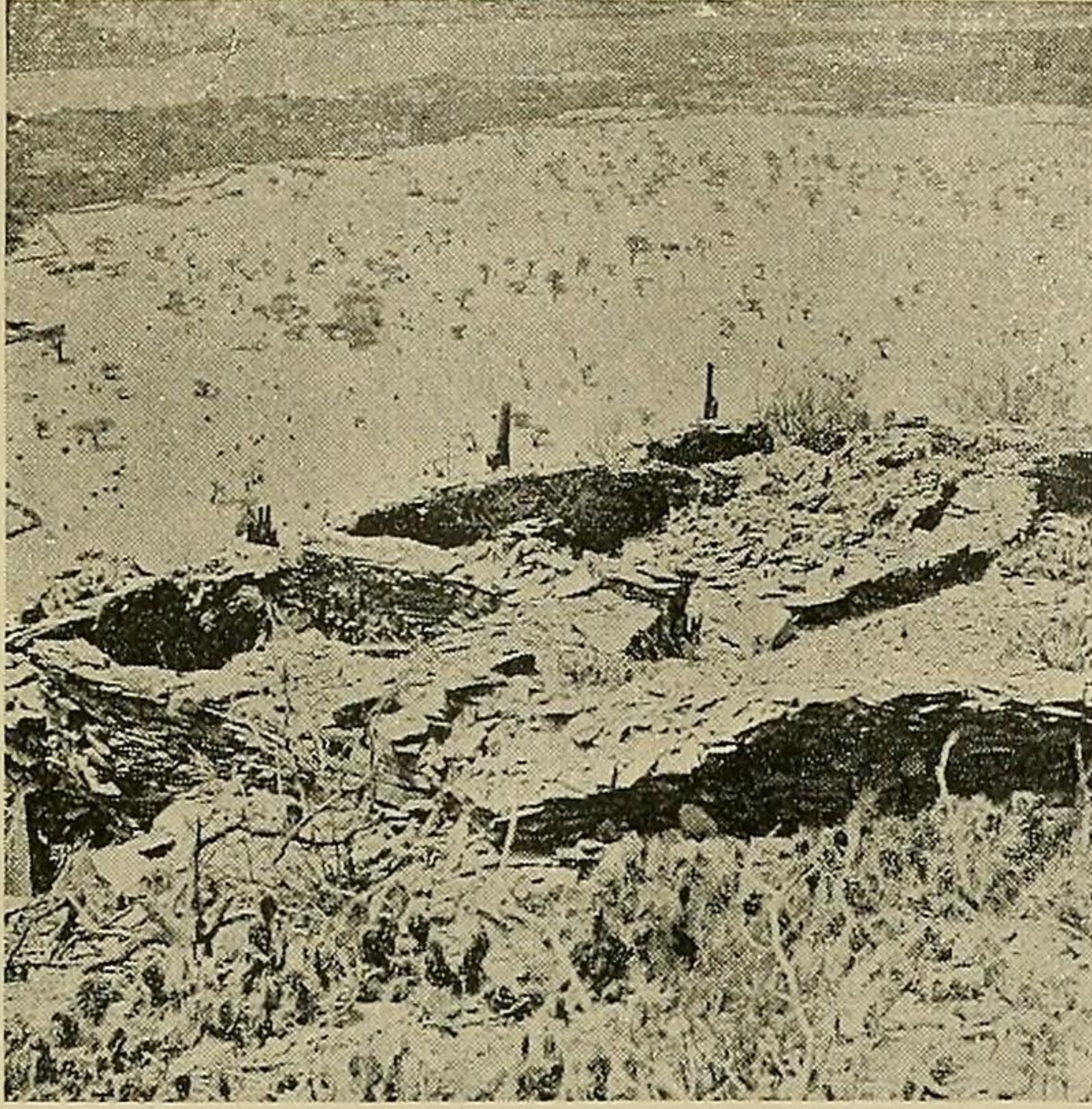


Fig. 11. — Fortificaciones del Cerro Pintado.

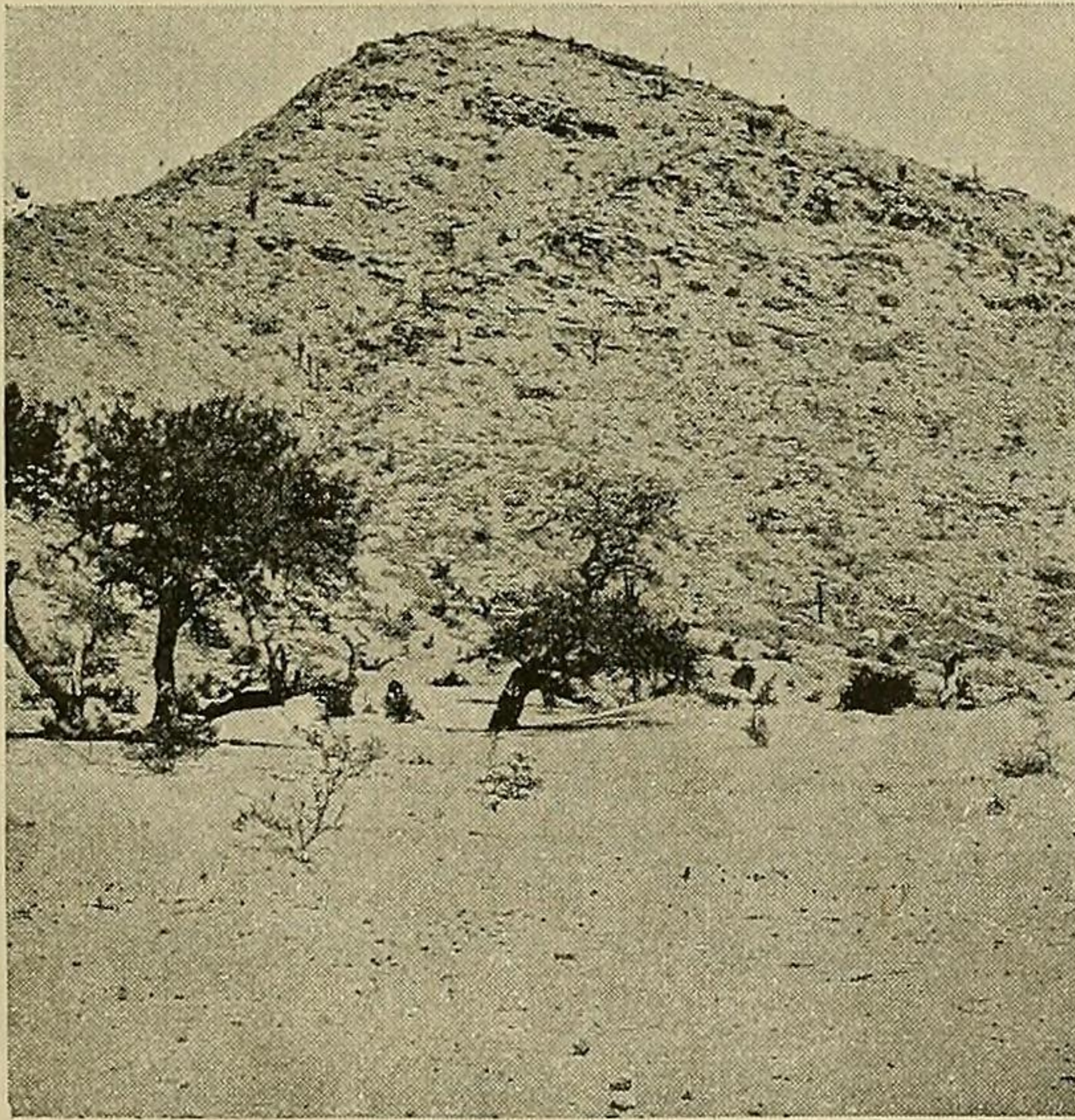


Fig. 12. — Vista del Cerro Pintado:

J. B. AMBROSETTI. — *Por el Valle Calchaquí.*

El descenso cuesta abajo, nos obliga á correr ; no hay fuerza humana que pueda detenernos en el rápido plano inclinado de su frente; un torrente de lajas y piedras, baja con nosotros y antes que la reacción nos domine el pie se hunde en el mullido colchón de arena de su base (fig. 12).

¡Oh! la arena del valle Calchaquí, la conocen bien nuestros cuerpos rendidos más de una vez cuando las circunstancias nos han obligado á caminar largos trechos sobre ella!

La conocen bien nuestros ojos, nuestras narices y nuestra boca, cuando penetraba por ellos á puñados, de sapiadadamente lanzada por los furiosos vientos de frente.

La conocen bien nuestras pobres bestias en largas y desesperantes marchas, durante meses, bajo un sol de fuego, hundiendo todo el día entre su masa movible, su pequeño casco herrado.

Y por fin, bien la conocen los pobres labradores al ver disminuir año por año, la extensión de sus exiguos sembrados que invade con su ardiente manto.

Ya es tiempo de que lleguemos á Santa María, pueblo pequeño, triste, tristísimo, de gran movimiento en otro tiempo, cuando el activo comercio con Bolivia, exigía grandes invernadas de mulas, en todos los alfalfares del valle Calchaquí.

Hoy Santa María se sostiene como villorrio, gracias á los viñedos que proporcionan algún trabajo en la elaboración del vino, principal artículo importante de exportación que se lleva á Tucumán. Pero su clima es sano y esto basta para recomendarlo como uno de los pueblos más aptos para instalar un sanatorio.

Atravesemos la larga calle, única puede decirse que tiene, y bastante mal tenida, por cierto, continuando nuestro viaje al Norte.

Siete leguas de marcha, siempre por terrenos desolados, entre arenales sin fin y siguiendo el curso ya seco del río Santa María.

¿Por qué tanta arena? ¿Por qué esta sequedad?

Los restos aún de pie de los enormes bosques de algarrobos que otrora cubrieron la parte céntrica del valle Calchaquí, nos lo dicen elocuentemente.

La imprevisión del blanco, la *non curanza* del mañana, han puesto en juego el hacha destructora y el fuego devorador, y esos bosques, colocados allí providencialmente por la naturaleza para regularizar la precipitación de la lluvia, han sido objeto de una devastación constante y sin tregua, desde los tiempos de la Colo-

nia hasta nuestros días, en que aún continúa el sistema de antaño, mientras los vientos, libres ya de la valla vegetal, impelen con furia la arena que avanza poco á poco su desolante conquista.

Llegamos al famoso bañado de Quilmes, interesante punto donde nos detendremos á estudiar las ruinas de la vieja ciudad (fig. 13).

Por más de un kilómetro cuadrado, las pircas de paredes de piedra amontonada que pertenecieron á curiosos edificios cuadrados y circulares, se suceden en un atropellamiento confuso entre un tupido matorral espinoso que desgarrá las ropas, hincando sus agujijones en la carne del curioso.

En medio de ese pueblo en ruinas levantamos nuestra carpa, dentro de lo que fué un gran edificio cuadrangular, y durante quince días, estudiamos esos interesantes restos, que por muchos siglos aún lucharán con la acción destructora del tiempo, que, inexorable y tenaz, derriba poco á poco cada una de sus piedras (fig. 14).

Los detalles de construcción, la distribución de los edificios, la topografía del suelo y los resultados de nuestras pesquisas han sido ya publicados *in extenso* y su enumeración en esta conferencia sería monótona y aburrida.

Terminados nuestros estudios, montamos á caballo y emprendimos el regreso, seguidos por una larga fila de peones á pie, que marchaban junto á nosotros con las herramientas al hombro.

Aún no habíamos descendido la ladera de un cerro cuando la tormenta se desencadenó.

El viento furioso atropelló por todo, levantando una nube de arena y los relámpagos empezaron á cruzar con sus zigs zags luminosos aquel cielo obscuro de tonos acerados.

Entre la cortina de polvo levantado y entre el bramar del viento, las ruinas de la vieja ciudad parecían animarse (fig. 15).

Los innumerables cardones se transformaban en indios que blandían sus brazos en una lucha desesperada.—La ciudad ardía á cada nuevo relámpago, mientras una tropa de cabras que descendía asustada por los flancos de la montaña, aumentaba con su confuso tropel ese cuadro de grandiosidad imponente.

Y entonces, sobre las rocas salientes, sobre los picos erguidos, nos parecía ver á los curacas blandiendo sus cetros de mando, de pie sobre la fortaleza pircada, entre el chocar de los discos de bronce, entre el silbar de las flechas, ó los golpes secos de sus pesadas hachas líticas, animando á los suyos que derribaban enormes montones de piedra, que se despeñaban sobre los asaltantes en lluvia

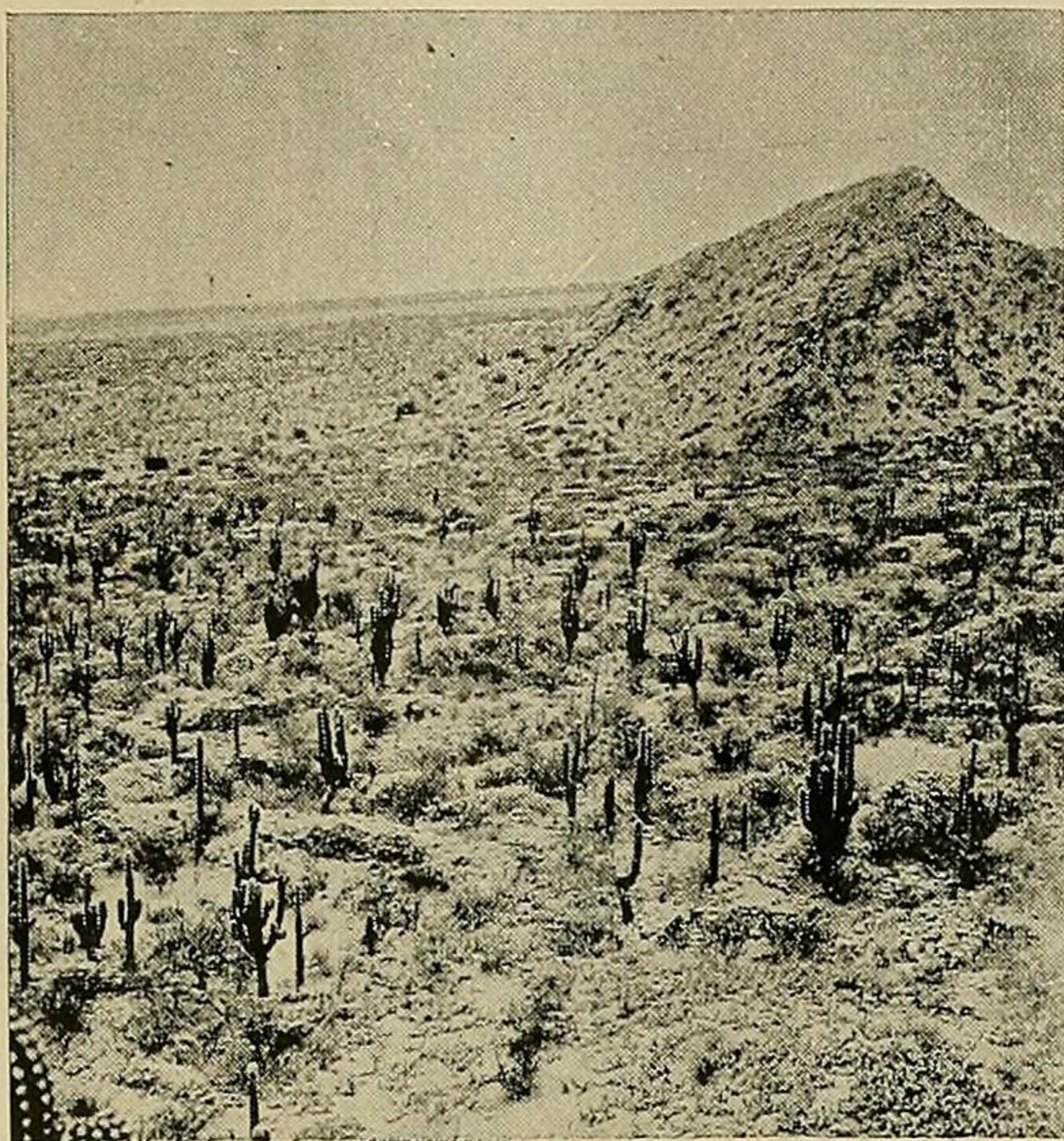


Fig. 13. — Vista de las ruinas de Quilmes,

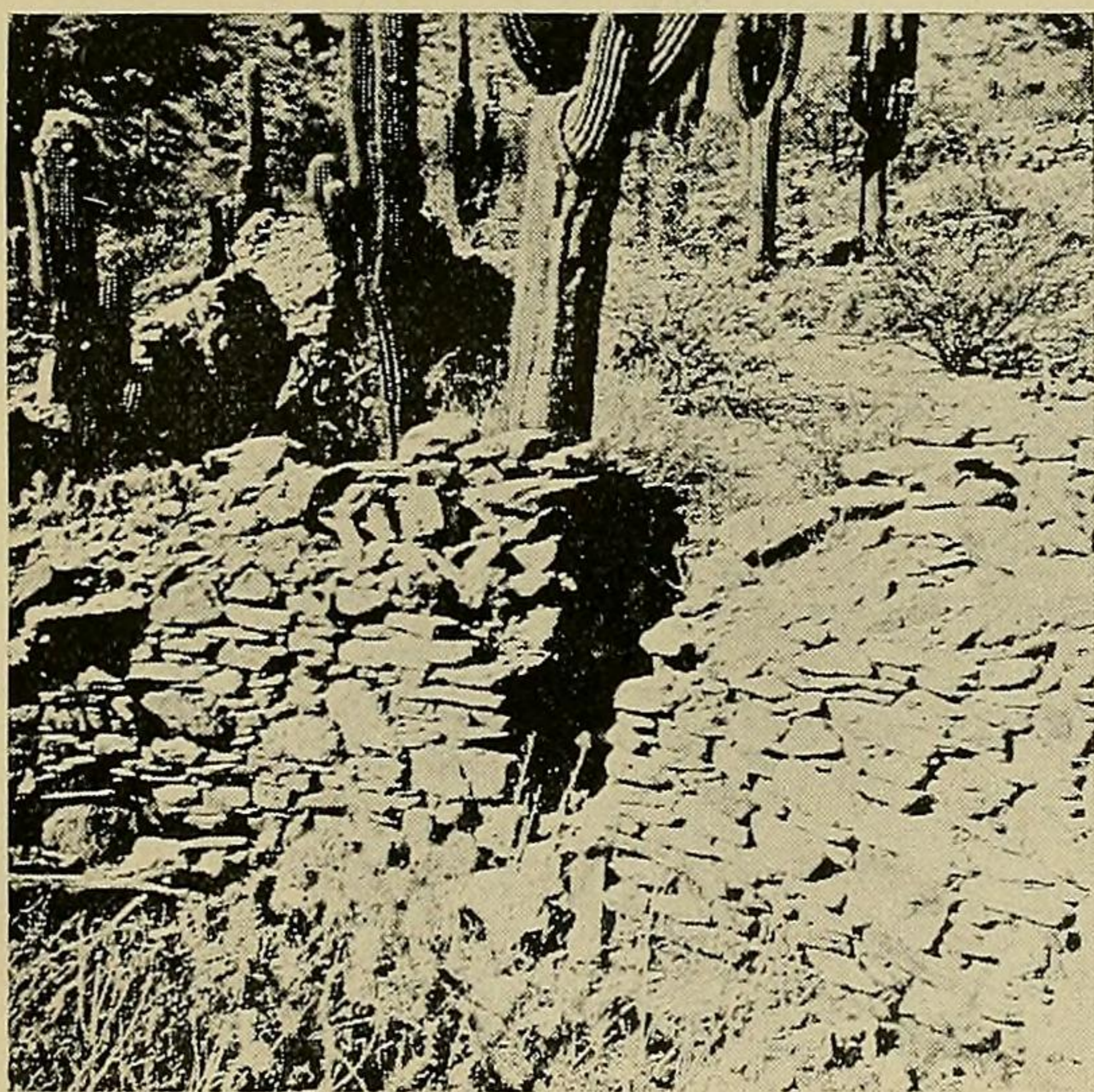


Fig. 14 — Detalles de una pared de Quilmes.

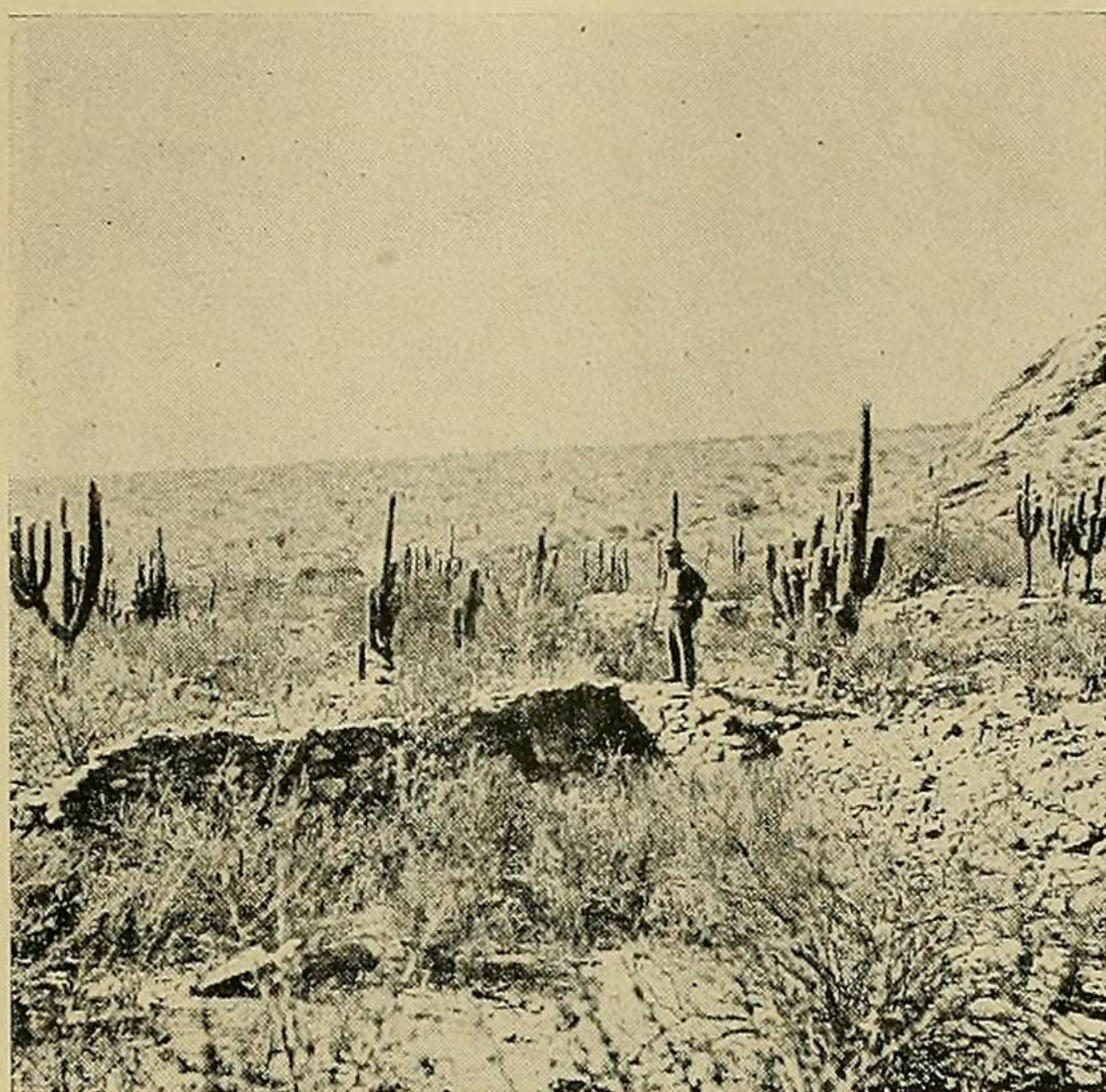


Fig. 15. — Ruina de una casa de Quilmes

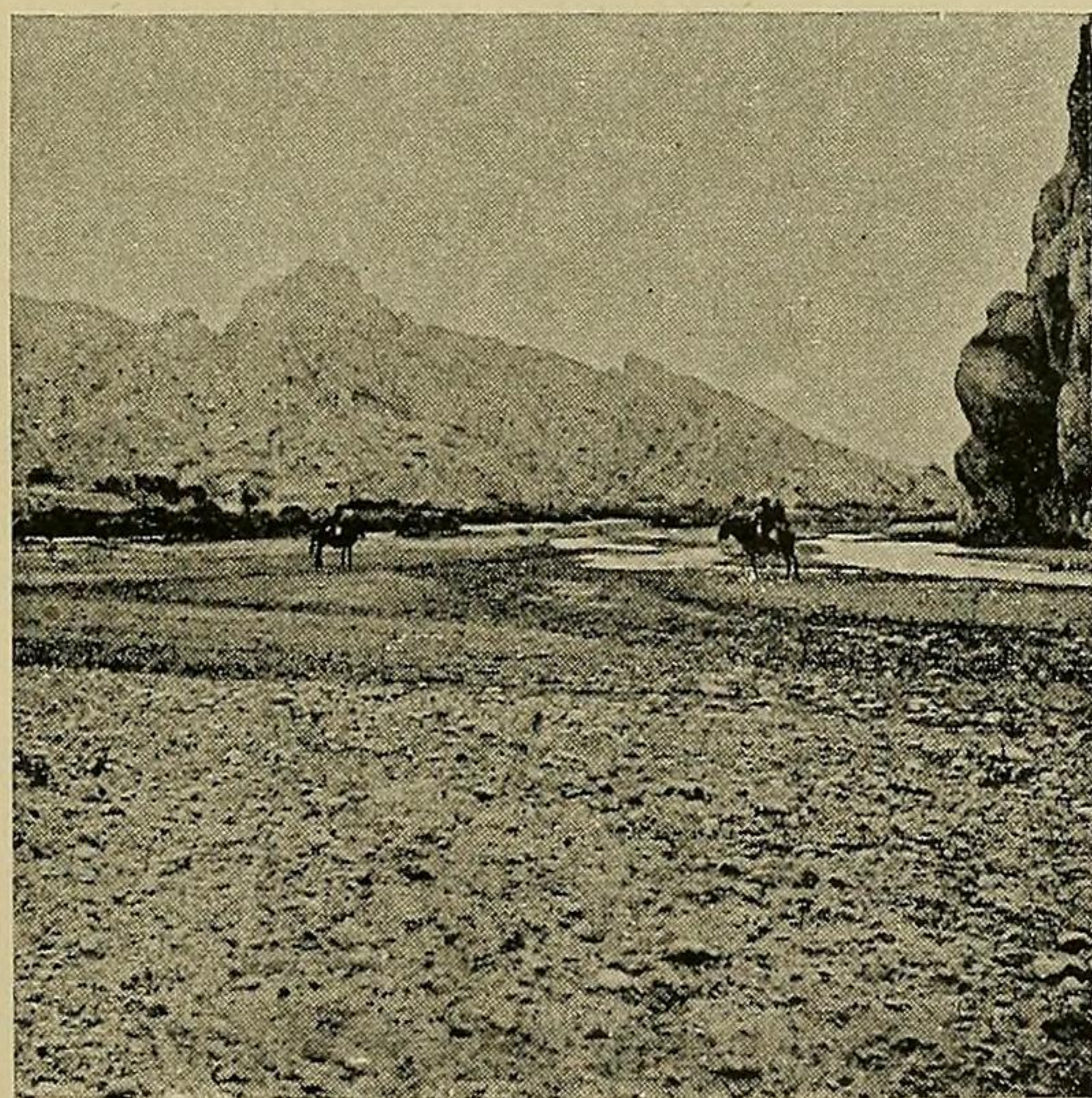


Fig. 16. — Estrechura de las flechas.

colosal, arrastrando hacia abajo los cuerpos triturados, en medio de un estrépito terrible que despertaban los ecos de los cerros, retumbando con horrible fragor de valle en valle.

Un trueno espantoso abrió las cataratas del cielo, el polvo se apagó y el cuadro de aquella lucha desesperada se estumó, volviendo á aparecer las ruinas con su vaga tristeza.

Sin querer, miré á los peones, que con sus caras rudas y sin expresión, embrutecidos por el abuso de la coca, marchaban junto á nosotros bajo el chaparrón inclemente. Y entonces á través de la lluvia y de la fantasía, aquellos 20 peones se transformaron en la recua humana de los 2000 quilmeños que flacos, macilentos y muertos de hambre, volvían la vista con desesperación hacia su ciudad en llamas, hacia sus cerros queridos, hacia el suelo agreste que los vió nacer, amar y sufrir, entregando en el último grito de despedida lo mejor de sus almas, para seguir después, como autómatas agujoneados por la pica brutal del conquistador, la larga y desesperante marcha á pie de 300 leguas hasta las riberas del grandioso Plata, cuyas tibias auras debía de asfixiarlos en medio de una nostalgia infinita.

Trece leguas al norte y llegaremos á Cafayate, el centro vinícola más importante de la provincia de Salta y su segunda ciudad, cuyo templo, al terminar ya, será el mejor de todo el valle y de muchos centros de población.

Cafayate, para el viajero, es una Capua, y se necesita mucha fuerza de voluntad para pasar de largo sin detenerse por lo menos unos días; pero esta noche es menester viajar rápidamente y seguiremos valle arriba para llenar nuestro programa.

Después de pasar por San Carlos y á quince leguas de Cafayate, el valle presenta una anomalía: es la garganta de las Flechas (fig. 16), por la cual pasa el río Calchaquí flanqueado por enormes bloques de arenisca que se levantan á ambos lados como ciclópeos paredones.

El paisaje es triste, pero de una tristeza imponente y simpática, y para que nada le falte, la leyenda ha colocado allí el depósito de un tesoro misterioso que hizo la fortuna de su descubridor.

En los tiempos de la conquista ese punto fué el asiento de una numerosa población india, como lo atestiguan las numerosas pircas que por allí se encuentran, los variados dibujos esculpidos en las rocas inmediatas y las ruinas de una vieja misión jesuítica, cuyas derruidas paredes se consevan aún de pie sobre un suelo árido, pe-

dregoso, ingrato como la conciencia de los indios, que los heroicos misioneros se proponían catequizar, desafiando los peligros, sonriendo á las privaciones, estimulados por las fatigas, con los ojos fijos en la cruz, en esa cruz símbolo de los principios más grandes que la humanidad ha conquistado y que como ellos se elevará siempre triunfante amparándolos con sus brazos abiertos á través de los siglos y las ruinas.

No todo el valle es lo mismo; hay á trechos oasis de verdor en donde algunas familias salteñas tienen sus fincas, en las que residen todo ó gran parte del año.

He dicho oasis y esta es la palabra justa para expresar el sentimiento que experimenta el viajero cuando después de un largo viaje, allí reposa un día, entre los alhagos de una franca hospitalidad. De esa hospitalidad tradicional de nuestros padres y de nuestra tierra; la que, en las regiones donde se viaja con medios primitivos, se convierte en un culto, porque cada uno retribuye al viajero los servicios recibidos en iguales condiciones, ya por él mismo ó por algún miembro de la familia.

La sencillez más encantadora preside á esa hospitalidad; se es recibido como viejo amigo; uno se encuentra como en su casa; las horas pasan risueñas en el seno de esos felices hogares y al despedirse, quizá para no volver á verse jamás, se siente la crueldad de la separación, y se marcha cabizbajo, triste, con el corazón oprimido y el alma henchida de gratitud.

Otras diez leguas de arena y sol; nos hallamos á la vista de la pintoresca aldea de Seclantás, situada en la margen izquierda del río Calchaquí. Dos manchas blancas se destacan de la masa oscura de la sierra: la iglesia de factura colonial y el cementerio (fig. 18).

El paisaje no puede ser más risueño: al pie de los cerros recortados, los sembrados y alfalfares esmaltan con sus cuadrados verdes el tono frío del conjunto, interrumpiendo su monotonía las hileras de sauces y álamos que crecen al borde de las acequias.

Lleguemos al pueblo y penetremos por sus calles arenosas, cortas, pues bien pronto terminan en la falda del cerro. Las casas están en su mayor parte blanqueadas, es un progreso, como también lo es el alumbrado público que funciona en las noches que no hay luna, y que traiciona el farolito que se destaca solitario en el frente de una casa.

Allá en el fondo de la calle, y sobre la falda del cerro se eleva

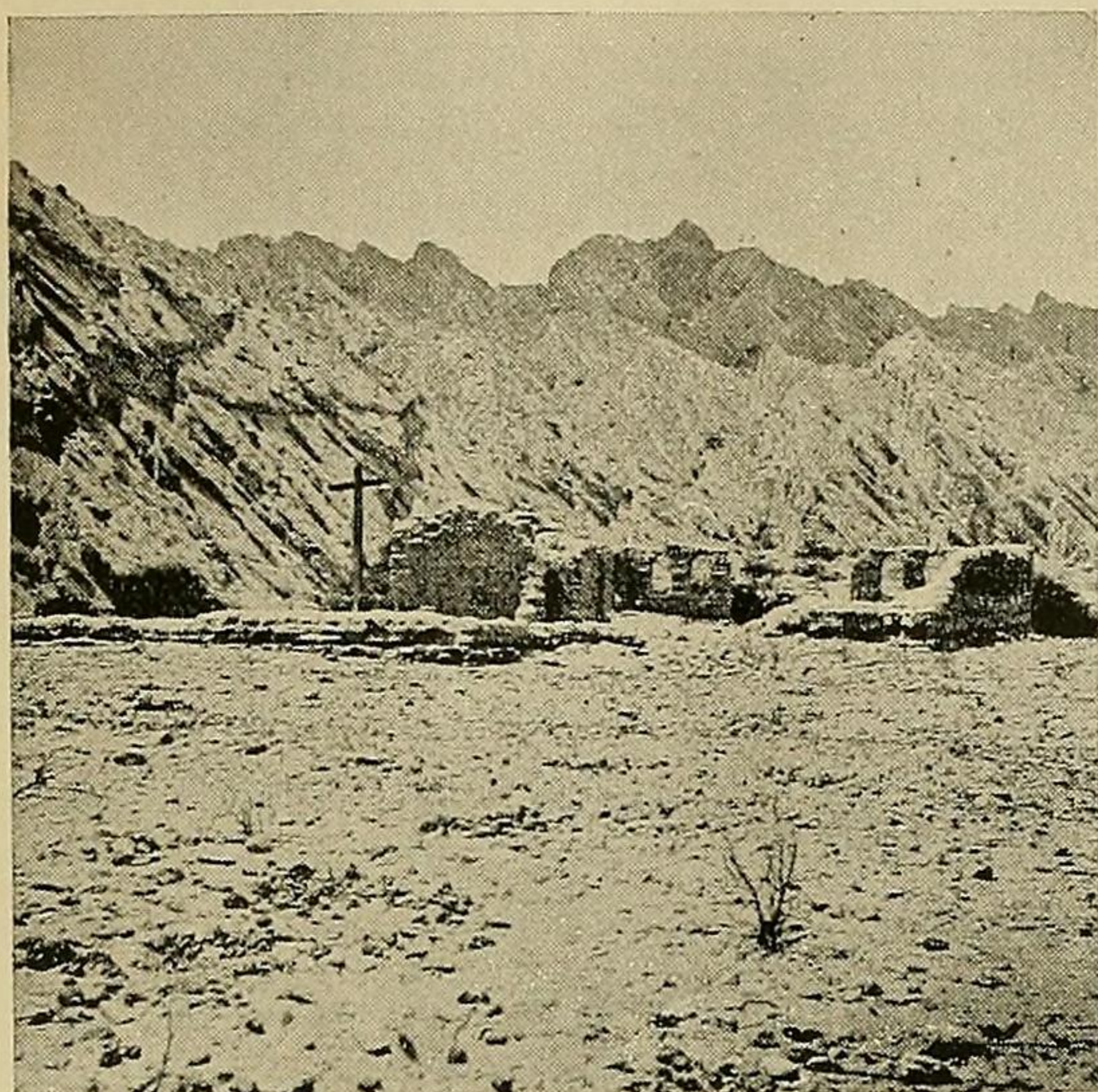


Fig. 17. — Ruinas de una vieja misión en las flechas.

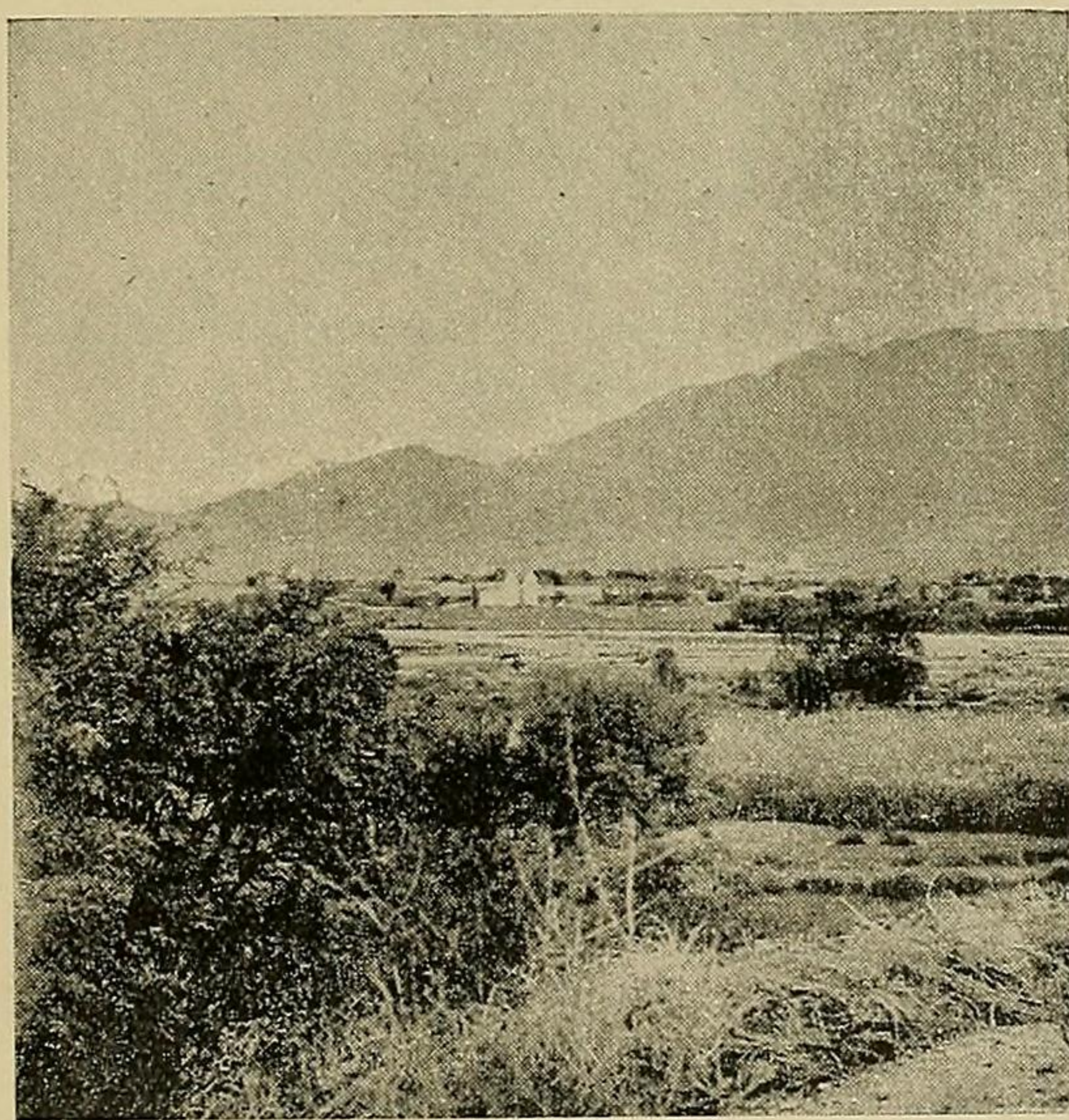


Fig. 18. — Panorama de Seclanté.

J. B. AMBROSETTI. — *Por el Valle Calchaquí.*

la fachada grotesca del cementerio como dominando al pueblo.

Fenómenos inexplicables de herencia! Los viejos calchaquíes también enterraban á sus muertos dominando á sus ciudades, en la creencia de que así recibirían su protección de ultratumba. Los nuevos, inconscientemente, hacen lo mismo.

Pronto el lujo desaparece y el adobe primitivo se ostenta con orgullo en las tapias y fachadas.

Desde este punto, penetraremos por la quebrada de Molinos, la cual no nos es dado visitar, y abandonando el valle Calchaquí, é internándonos al oeste, seguiremos nuestra excursión por la desolada región del despoblado.

La quebrada está crecida, las fuertes lluvias del verano precipitándose de golpe sobre los cerros, hacen que éstos derramen por sus laderas el agua recogida, que baja con velocidad vertiginosa, agolpándose en los encajonados cauces de los ríos y produciendo esas terribles avenidas, que en las primeras horas, con enorme pujanza, arrastran peñascos, ruedan piedras entrechocándolas con espantosa fuerza y haciéndolas estallar en mil fragmentos.

Pasar en esos momentos, sería locura, y ni las bestias mismas se animarían á hundir su casco entre esas aguas revueltas, turbulentas, que avanzan rugiendo entre el cañoneo incesante de las rocas destrozadas.

Las aguas han descendido del todo; ya nos es dado continuar el viaje.

La quebrada se estrecha en algunos puntos y el paisaje cambia; á las pocas leguas de marcha, una curiosa formación geológica aparece.

Todos los cerros que nos rodean están formados por una masa de antiguas piedras rodadas, conglomeradas entre sí por medio de un cemento duro; pero que la acción mecánica del agua, ataca y deshace poco á poco, disgregando paulatinamente los viejos rodados que de nuevo arrastra en cada avenida.

Grandes bloques de este curioso conglomerado, se han despeñado desde las crestas ó laderas de los cerros, y han caído en la quebrada.

Las causas de estos desprendimientos son múltiples, ya son el resultado de los meteoros, como también el de los temblores.

Como el tiempo está en lluvia, no es prudente demorarnos en estas estrechas quebradas que pueden crecer de un momento á otro, sin darnos tiempo muchas veces á poner en salvo nuestra carga y nuestras bestias.

Salgamos de la quebrada, y también tratemos de pasar pronto ese alto campo desolado que media entre Amaicha y Gualfin.

El camino es largo y pesado; fuera de la poca vegetación arborea que crece á orillas del río, sólo arraigan algunas jarillas, breas y otras plantas espinosas entre ese suelo arenoso y lleno de piedras de una blancura plomiza, triste y fría.

En las quebradas, el viajero se entretiene á cada momento: los cortes de los cerros que aparecen sucesivamente, presentan temas de estudio variados que permiten darse cuenta de los diversos fenómenos geológicos que se han producido.

Pero, en las mesetas, en esos campos áridos, iguales siempre, el viaje se hace aburrido y cansado en medio de esa monotonía desesperante.

Felizmente ya hemos salido de ella (fig. 19). Ahora nos toca subir; el paisaje cambia de aspecto.

Es una quebrada alta que baja de otra meseta y que nosotros debemos subir, faldeando los cerros que la encajonan.

En esta ascensión debemos preferir siempre la parte más alta y más corta para ganar camino, sin preocuparnos de si á nuestro lado se abren precipicios profundos, verdaderos antros en cuyo fondo negro se alcanza á destacar como un hilo de plata, la corriente rumorosa que corre con velocidad.

El vértigo que en los primeros días de viaje parecía querernos dominar, es ya para nosotros un viejo conocido; hechos á la costumbre, continuamos trepando entre el vaivén violento de las mulas, contemplando el abismo y subiendo siempre.

Las pobres bestias tienen que ejecutar un rudo trabajo en esta ascensión, su exiguo vaso debe de buscar un pequeño puesto entre las innumerables piedras que materialmente cubren ese suelo, sin camino trazado.

Es una avalancha de rodados y cascajos que se ha desprendido de esos cerros, formados en su mayor parte de esos materiales, que, á no dudarlo se fueron depositando durante siglos en el fondo de algún lago colosal ó mar interior, antes de los bruscos levantamientos que iniciaron la topografía actual de esas vetustas montañas.

La ascensión por hoy ha terminado.

A lo lejos humea una pobre habitación, estamos cansados y es menester refugiarse en ella para pasar la noche entre sus paredes de pirca (fig. 20).

Nuestro palacio no es cómodo; todas las habitaciones están ocu-

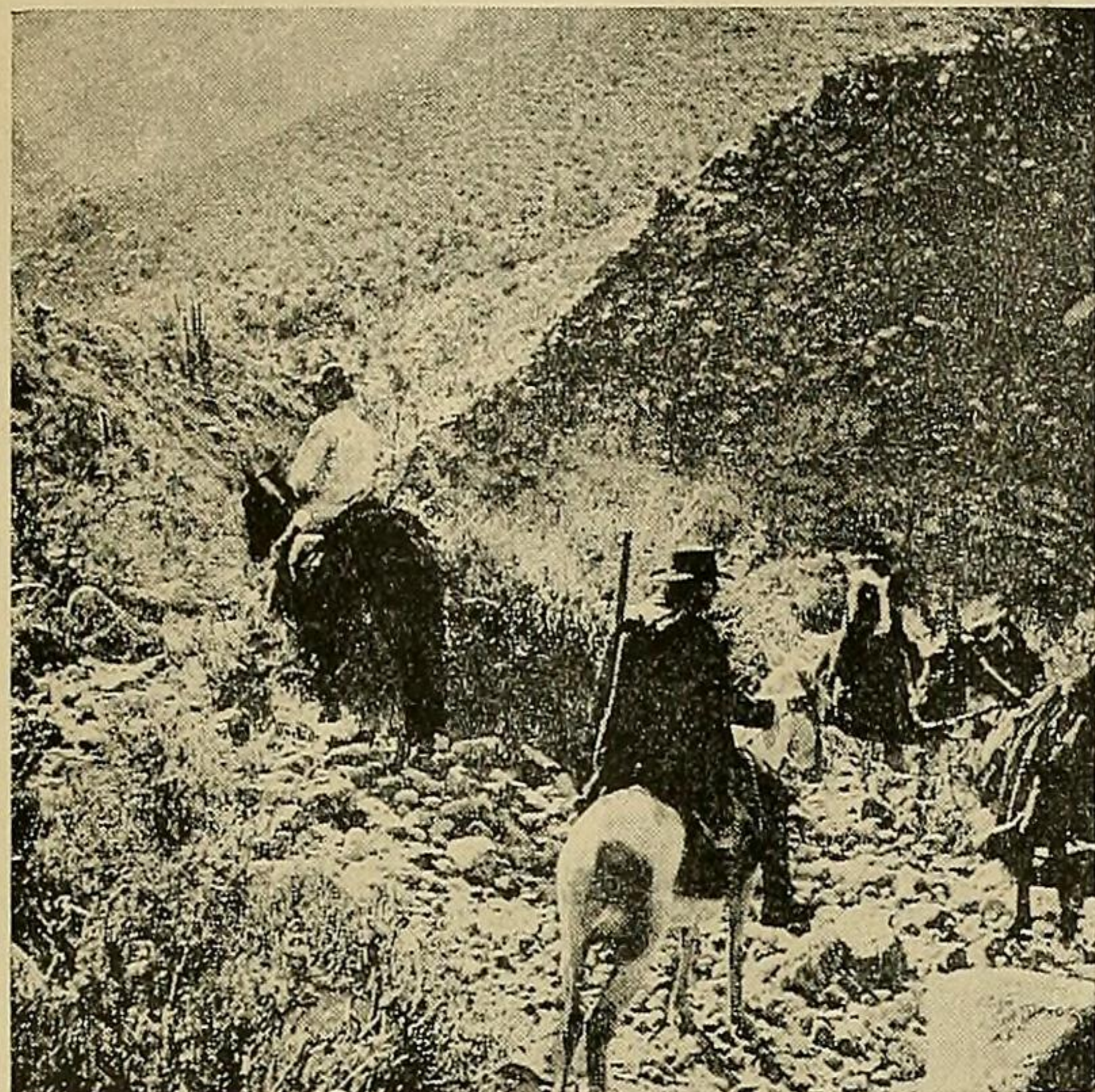


Fig. 19. — En marcha al despoblado.

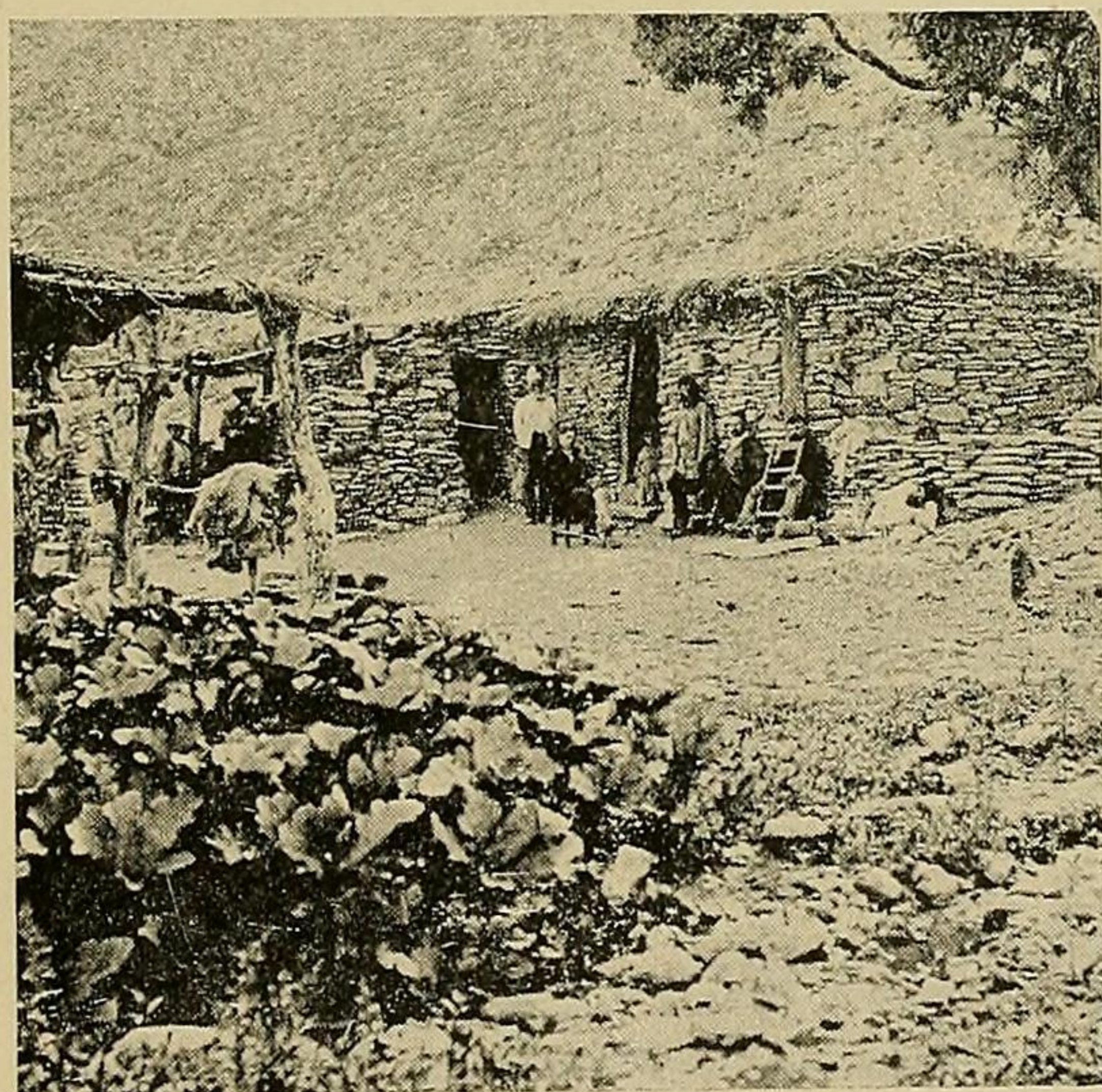


Fig. 20. — Un rancho de pirca.

padas, pero esa buena gente, agradecida por unos tragos de aguardiente, un puñado de coca y con la perspectiva de un poco de azúcar y las migajas de nuestro banquete, no tendrán inconveniente en amontonarse en un sólo cuarto, dejándonos el otro libre para poder armar nuestros catres sobre los cuales el cuerpo fatigado, tendrá satisfacciones irremplazables.

Las habitaciones en toda esta región alta de las sierras son de piedra, y con poca diferencia su factura es la misma que la de las casas de los viejos calchaquíes. Poca ó casi ninguna madera entra en estas curiosas viviendas y sus techos, las más de las veces, se sostienen por medio de delgadas pero resistentes tablas de cactus ó cardón, sobre las cuales un colchón de ramas espinosas de poco peso, es suficiente para el resguardo de la intemperie.

Nuestro palacio es uno de los más altos que hemos encontrado en todo el viaje, pues por lo general las viviendas de la sierra son tan bajas, que es menester encorvarse para estar en ellas.

De cualquier modo, cómo se agradece esos pequeños ranchos con su cerco de pirca y su caliente fogón !

Es menester continuar nuestra marcha; descenderemos primero, para volver á subir pronto (fig. 21).

El paisaje ha cambiado algo, el matorral espinoso es más denso, lo que no deja de fastidiarnos bastante con sus caricias felinas.

Las piedras que cubren el suelo, también son más grandes, dándonos por consiguiente mayor trabajo ; pero en cambio los cactus adquieren dimensiones considerables, presentándonos formas más raras, envuelto su vello blanquecino de agujones punzantes y con su superficie cubierta de estrías simétricas.

Estos cardones, como allí les llaman, son una providencia para el pobre morador de las alturas; ya conocemos el empleo de su madera liviana y resistente en los techos de sus ranchos, siendo la única que en muchos puntos puede encontrarse.

Además, todos los pocos muebles y hasta las puertas son también fabricadas con sus tablas.

La pulpa aguachenta del cardón es comida por las haciendas en los años de escasez, y el hombre mismo, torturado por la sed, puede verse libre de este cruel tormento mascando grandes trozos.

Su fruta ó pasacana es muy apetecida, sus espinas sirven de agujas y alfileres y por fin su delicada y blanca flor de perfume exquisito, es dulce intermediaria en los agrestes idilios de la montaña.

Estamos en Pucarilla, en el corazón de los cerros, región otrora densamente poblada de indios, hoy casi desierta.

Las ruinas en este punto son innumerables, las pircas están invadidas por una vegetación de matorral y de árboles achaparrados y retorcidos, como todos los que crecen en los terrenos secos.

Estos restos de una gran población, que por leguas se extienden en la falda de los cerros, sobre su cumbre y en todas partes, presentan la particularidad de no estar contruídos de lajas, sino de trozos de piedra de todo tamaño y forma, en su mayor parte rodados.

Según los datos que he podido recoger, las grandes y extensas ruinas del Pucarilla han pertenecido á la valiente é indómita parcialidad de los Gualfines, que los conquistadores destruyeron con gran trabajo en las mil batallas de la guerra Calchaquí.

Una granizada nos obliga á refugiarnos en un miserable rancho situado en una estrecha garganta (fig. 22).

Una buena fogata nos resarcirá del frío intenso que nos tiene entumecidos después de la larga permanencia á caballo de todo el día.

Todo es triste en este punto, donde los colores oscuros predominan.

Por doquier no se ve más que piedras pequeñas en el suelo, y grandes en la falda que nos protege.

Los dueños de nuestro albergue, indios puros y poco acostumbrados á ver gente civilizada, nos miran con desconfianza, y me parece adivinar en sus caras inexpresivas, la extrañeza que les causa esta invasión que sin grandes cumplimientos se ha posesionado de su hogar.

Los regalos de costumbre y unos tragos de aguardiente que nosotros también necesitábamos, les devuelven la calma y la confianza. Una distribución de galleta á las criaturas, que las devoran con fruición, tiritando de frío, y otros tragos, les deciden á vendernos un cabrito que esa noche, en nuestro banquete, será el gran *plat du jour*.

Nuestros peones que marchan á pie, no tardan en llegar, el campamento se ensancha, esa noche dormirán al raso junto á la pirca.

Las fogatas se multiplican, y más tarde, aprovechando del tambor del dueño de casa, tendremos cantos salvajes, que con su remedo arcaico nos harán evocar los viejos Calchaquíes.

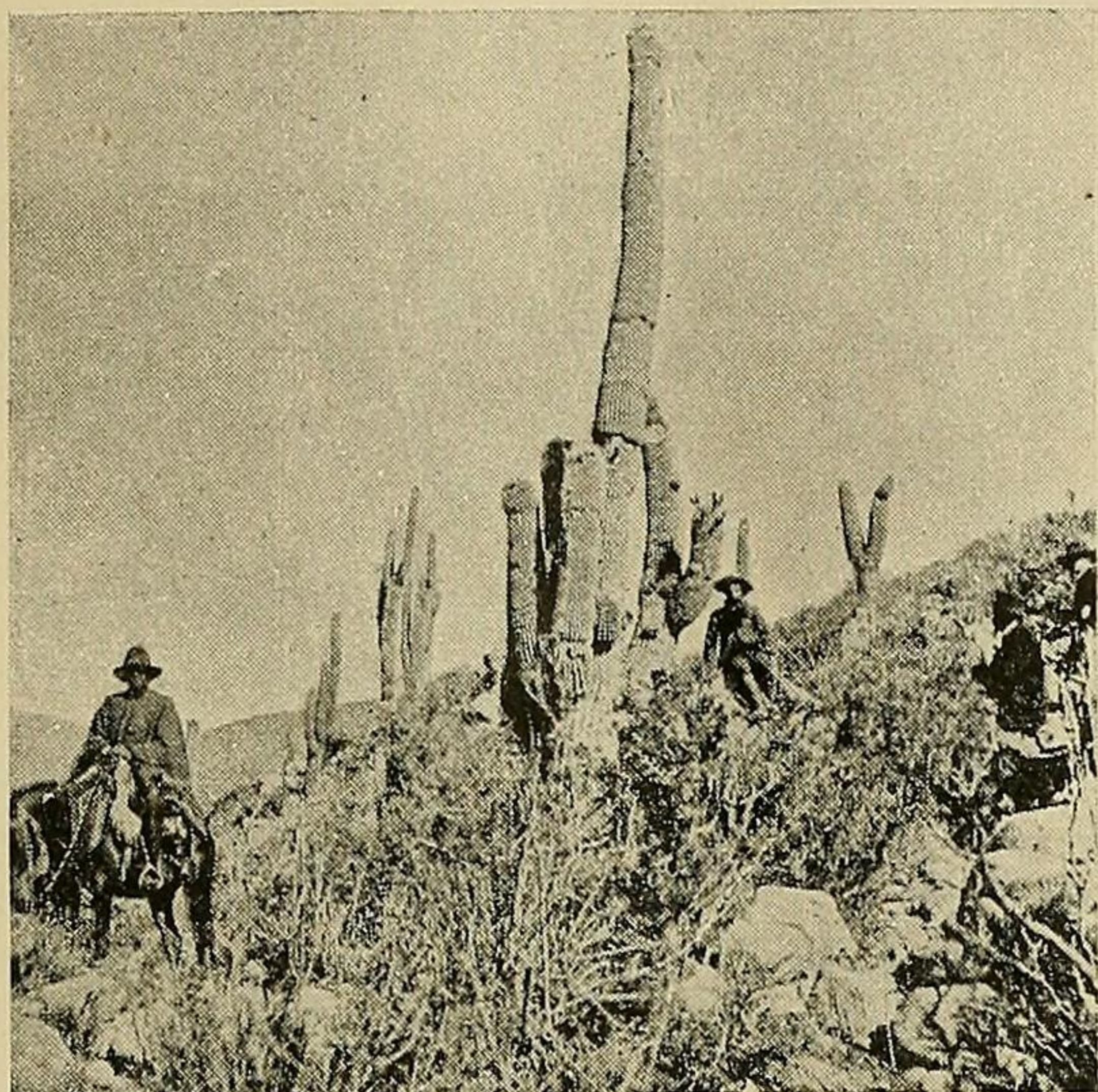


Fig. 21. — *Vejetación de Cacteas.*

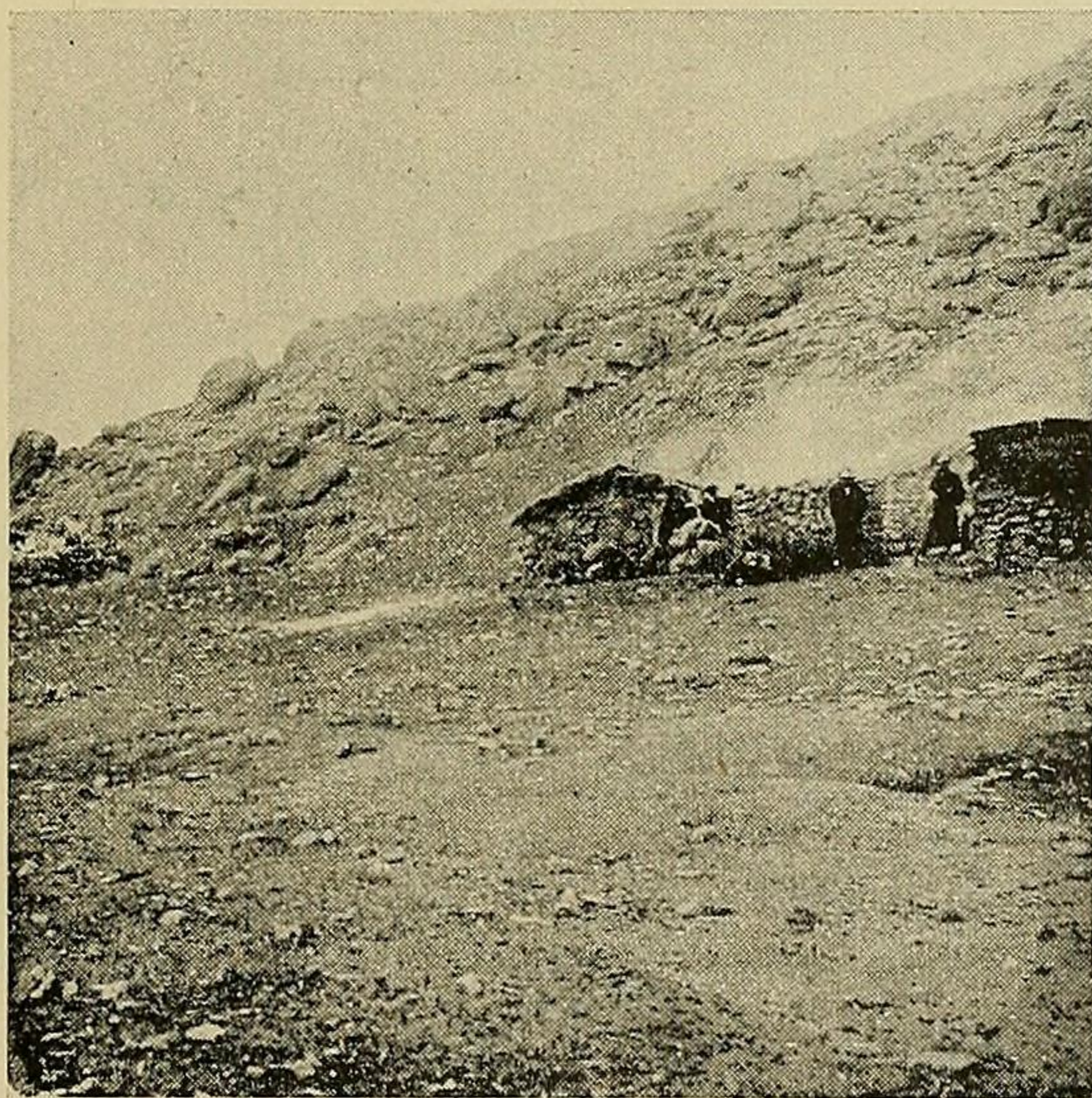


Fig. 22. — *Rancho en Pucarilla.*

Las exploraciones en Pucarilla, fin principal de nuestro largo viaje, nos ocuparon varias semanas.

Todos los días, á primera hora, nos encaminábamos á pie por las faldas de los cerros, recorriéndolas con minuciosidad y observando una por una las innumerables pircas que se escalonan á toda altura, desde lo que fué antiguamente el nivel del río, hoy mucho más bajo, con una diferencia de unos diez metros, hasta la cumbre del cerro.

Pudimos constatar la existencia de una larga acequía que desde lo alto debía derramar las aguas del riego, en una serie de plataformas sostenidas por grandes pircas que impedían el desmoronamiento de la tierra, donde los viejos Calchaquíes debieron tener sus plantaciones de maíz, papas y quinoa.

Estas plataformas se hallan cruzadas por otras pircas bajas que tuvieron por objeto detener el agua, impidiendo así su rápido descenso, á fin de utilizarla mejor.

Dignas de notar también, son esas grandes masas de piedra, de forma alargada y que descienden perpendiculares al río, sobre las que se hallan parados los peones.

Representan en su totalidad miles de metros cúbicos de piedras que los indios han amontonado allí, con el objeto de limpiar sus terrenos de cultivo.

En varias excavaciones que practicamos dentro de ellas, hallamos una pequeña tumba, en cuyo interior descubrimos el cadáver de una mujer.

Pero nosotros buscábamos las grandes necrópolis, los cementerios llenos de cadáveres que nos proporcionaran numerosos elementos de estudio.

Los buscamos mucho, y por fin los encontramos.

Sobre el borde de una alta barranca y delante de un paisaje grandioso é imponente, de altos cerros, cuyos flancos el tiempo y los meteoros han carcomido, dormían su sueño eterno, dentro de sus tumbas de piedra, los viejos Calchaquíes (fig. 23).

El agua de las lluvias había lavado la tierra depositada piadosamente sobre ellas, y un círculo de piedras apareciendo apenas en la superficie del suelo, traicionaba la presencia de estos panteones.

Hubo un momento solemne, en medio de ese paisaje desolado y triste, á 3000 metros de altura. Nuestra alegría científica que nos lanzaba á una profanación, contrastaba con la angustia visible en

las caras de nuestros peones, á quienes les repugnaba el tener que revolver los huesos de sus antepasados.

En sus movimientos y en sus rostros bronceados, había como un grito de la sangre Calchaquí que protestaba.

Ordené una distribución de coca, y las primeras piedras de la bóveda se arrancaron, con un ruido de desgarramiento.

Estimulados por la voz de mando, los picos perezosos golpearon más fuerte, repercutiendo en las tumbas su chocar con lúgubre sonido.

La primera sepultura quedó abierta, y entonces presenciábamos una escena tocante.

Uno á uno nuestros peones desfilaron ante ella arrojando cada cual su puñado de coca y pronunciando en Quichua estas palabras ingenuas y sentidas que jamás olvidaré:

*Tata antiguo, toma y coquea, no te enojas, á nosotros nos ordenan.*

Esta disculpa sencilla, esta confesión sincera y esta declaración de sumisión resignada, les dió ánimo.

Las paladas seguidas y los golpes de pico redoblaron, la tierra y las piedras, derribadas sobre el borde de la loma caían en lluvia continua, rebotando por los flancos hasta el fondo del precipicio.

Frenéticos por el hallazgo y temerosos de la poca prolijidad de los peones, saltamos dentro de la fosa y comenzamos la extracción de los fríos restos. Nueve cadáveres fueron apareciendo poco á poco debajo de una delgada capa de tierra, cuyas posiciones íbamos dibujando con prolijidad y con ellos algunos objetos de uso, y otros colocados allí por la piedad de los que fueron (fig. 24).

Aquellos huesos y aquellos cráneos que volvían á ver la luz del sol, después de tantos siglos, parecían mirarnos con sus órbitas vacías, sus bocas mudas, y relatarnos su pasado; y en su conjunto tétrico, había un pedido macábrico para que, como nación y como raza, los arrancáramos de la desesperante mansión del olvido.

Esos cráneos parecían decirnos: «Fuimos los dueños de este suelo, fuimos un pueblo grande y numeroso, guerrero y artista, laborioso y viril, sufrido y tenaz; allí están nuestras pircas, nuestras fortalezas, nuestras piedras esculpidas, nuestros artefactos de bronce, nuestros trabajos de cerámica, nuestras pinturas en las grutas y nuestra sangre en las venas de los que aquí viven.

«Fuimos libres, como el cóndor que aún describe en el cielo sus

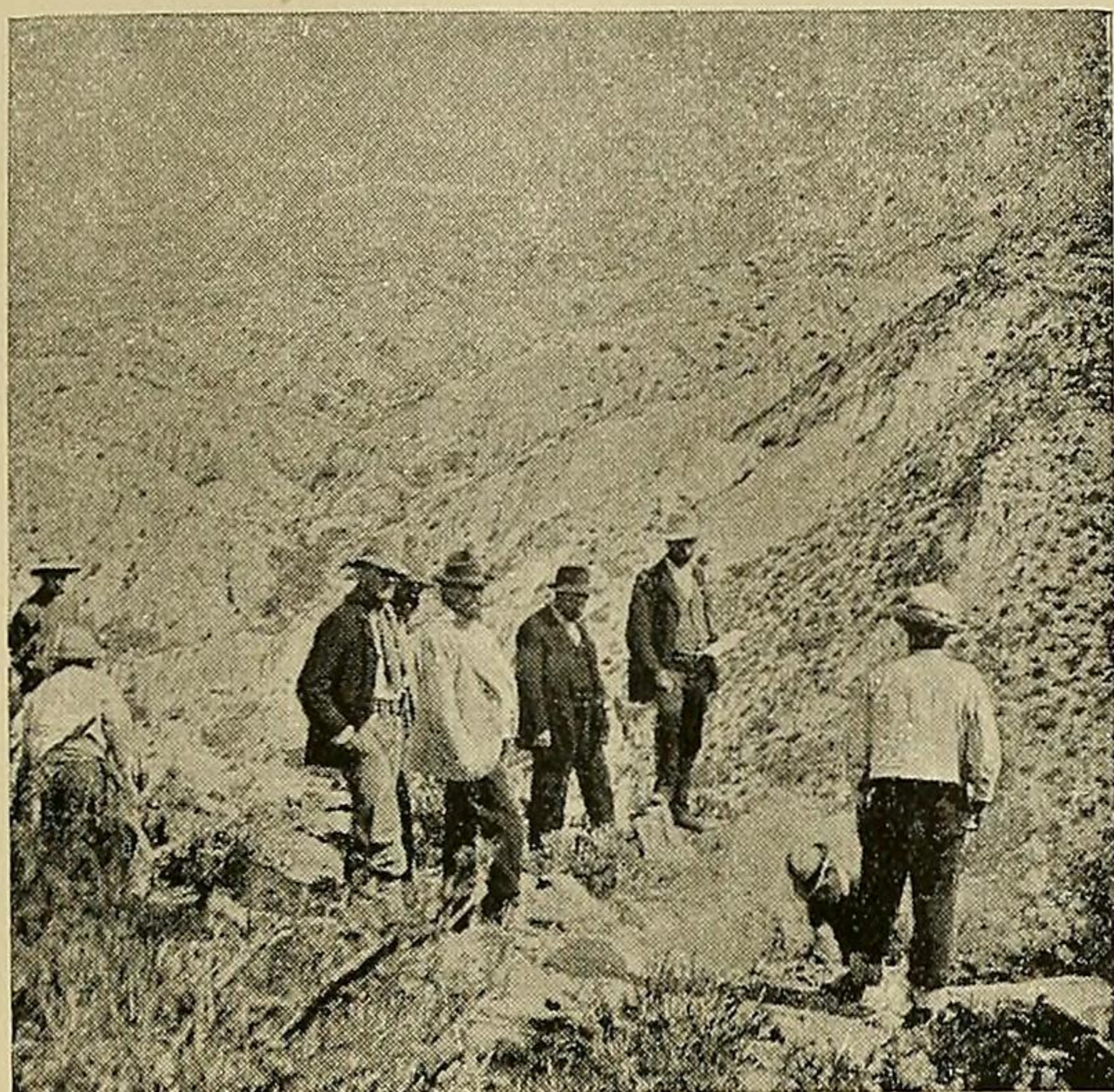


Fig. 23. — Escavando una Tumba.



Fig. 24. — Tumba Calchaquí.

majestuosos círculos, y como el huanaco que vaga como fantasma en las altas mesetas desoladas.

« Luchamos contra la naturaleza inclemente de estas regiones domando los elementos y haciéndolos servir para nuestras necesidades.

« Defendimos nuestro suelo con valor y heroísmo contra el avasallante pendón del conquistador y fuimos vencidos por él, gracias al caballo y al arma de fuego que destrozó nuestra entraña y le permitió lanzar un gran suspiro de satisfacción después de cien años de guerra sin cuartel !

« Lo demás, tú como todos los nacidos en esta tierra, lo saben bien, mucho antes nuestros ojos se cerraron para siempre. »

La hora de la revancha vino lentamente, doscientos años pasaron, los restos de ese pueblo, como leones enjaulados no gemían, rugiendo de impotente coraje bajo el oprobioso látigo del usurpador.

Llegó el momento. Las dianas de Mayo volaron en alas del viento á través del virreinato.

Los cañonazos victoriosos de Tucumán y Salta, estremecieron al Calchaquí, despertando su coraje legendario.

De la tierra brotó el hombre : *Güemes*, alrededor de él los Calchaquíes luchando con bravura, dueños ya de ese caballo y de esas mismas armas que ahora los vencieron, tornáronse en vencedores, escribiendo en las páginas de la historia, con la punta de sus chuzas, entre el humo del combate y al són del lúgubre repiqueteo de sus guardamontes, la gloriosa epopeya de los Gauchos de Salta !

JUAN B. AMBROSETTI.